

Carlos Eduardo Zavaleta

Para Jacqueline, este original
de la última novela - con afecto
gratuito, Carlos _____ Lima, 2009

Huérfano de Mujer

(Novela corta)

(Inédita)

Lima, 2007

.... el sólido mundo en que estos muertos se
criaron y vivieron se disolvía consumiéndose...

James Joyce

Se llamaba Rosa y mereció ese nombre
desde la primera vez que la vio. Una muchacha
dulce, suave, delicada, que de pronto sonreía e
inventaba una mañana de verano en plena niebla de
Lima.

El sol es el sol y la luna es la luna. Solamente
que aquí el sol es ella y él la luna.

La vida de las parejas quizá fluya tan naturalmente como el curso del día. Se inicia por la mañana (o por una luz digna de la mañana), llega a un mediodía de madurez, y ojalá de plenitud, y vuelve a extenderse por la plácida tarde, primero amarilla y luego rojiza (¿habrá también pasiones amarillas y rojizas?), hasta que sobreviene la noche del sueño o del tajo final.

Sin yo saberlo, iba a conocer esa mañana a una joven. Mi jefe, un prestigioso historiador a quien yo servía de modesto secretario, pasándole en limpio ensayos y discursos, o fichando artículos de revistas del siglo XIX, posteriores a la guerra con Chile, me había encargado acudir a la Biblioteca Nacional e iniciar una investigación. No sabía yo de más trámites. Antes del desayuno, la niebla parecía empujar con algún extraño vigor mi ventana frente al mar, mi único tesoro, y ese débil pero minucioso manto había empezado a envolver mi edificio; y además, por alguna razón, la perezosa ducha me retrasó y tampoco llegaba aún Adriana. Entonces salí a dejarle las llaves bajo el felpudo, cuando en ese momento llegó, y soltamos la risa. "¡Desayuno en cinco minutos!", anunció, y ella cumplió como siempre, mientras yo me enredaba con el leotardo de invierno bajo los pantalones.

Por el intercomunicador pedí un taxi a José y finalmente salí pitando.

— ¡Por la Vía Expresa! ¡Nada de otro camino! —mandé al taxista.

— A esta hora, el mejor — sonrió el hombre.

Llegué venciendo los numerosos escollos naturales y subjetivos que rodeaban al descuidado edificio de dos pisos, en la avenida Abancay, cercado de malos olores y de ambulantes descamisados; el último trecho había que cruzar corriendo por entre unas manos demasiado sabias. Ya adentro, recuperaré mi condición de joven feliz, puesto que no tenía dinero.

En verdad, el recinto era amplio y poderoso, y del primer piso se subía por una noble escalinata; arriba, otra explanada, y al fondo y a la derecha, un pasadizo, luego un barandal sobre un patio de naranjos que nos sonreía bajo el cielo húmedo. A la izquierda, la primera puerta, y ya adentro, un joven historiador, también discípulo de mi jefe, y junto a él, debajo de una ventana larga y muy vertical, dos muchachas uniformadas con batas color beige. El grupo conversaba, reía y ahora me miraba a mí, que avanzaba no por mi mismo, sino recomendado por la fama de mi jefe.

— ¿Sí, joven? —avanzó la de gran cabellera, la feúcha, no la otra, bonita.

— El doctor del Pino me espera, soy Claudio Rojas.

El flaco y alto profesor, a quien había visto en la universidad, me recibió cordialmente, me hizo sentar frente a él, y en cosa de minutos, con las fichas que yo llevaba y con los gruesos tomos de revistas que me traían las dos muchachas, me ubiqué en una gran mesa bajo el ventanal. El rostro delicado y armonioso de la segunda tenía luz propia, quizá mayor que la del salón, y cuando se alejó, vi que de espaldas seguía siendo delicada y armoniosa.

Al poco rato, mientras ubicaba los primeros artículos, del Pino se despidió con un manotazo en el hombro:

— Ya sabes, si deseas algo más, pregunta por la señorita Rosa, la chica de la derecha.

— Gracias.

— Y saludos al maestro Javier. ¿Estás trabajando con él?

- Sí.
- ¿En el Instituto o en su casa?
- En su casa.

— ¡Oh, más tranquilo! Te felicito y chau. Debo salir al Ministerio, no te imaginas las gestiones ... La Biblioteca debería ser autónoma, pero no sabes los trajines. Bueno, chau, te dejo instalado, y si vienes a menudo, pues mejor. La cafetería está en el tercer piso.

Media hora después, hice una señal a la señorita Rosa y pedí fotocopias de las páginas marcadas, y ella dijo que de algunas sólo habría fotofilmes, y que yo podía pasar a la máquina del proyector. No sólo tenía una luz en sus ojos pardos y verdes, no sólo era pálida y saludable al mismo tiempo, y tenía labios muy delgados, sino olía muy bien y su voz grata se apagaba, a fin de no molestar a los demás lectores. Trabajé una hora y esperé por las fotocopias. Sin embargo, al despedirme, ella dejó mi mano en el aire.

La segunda vez se repitieron la atención cumplida, la diligencia en la ubicación de revistas, la nitidez en la reproducción, pero tampoco recibió mi mano, solamente la rozó con el atropello propio de las tímidas.

La tercera vez se volvió invisible y tuve, tan pronto, que imaginarla. Su amiga, la fornida y de gran cabellera como un río negro, dijo que Rosa estaba enferma.

— ¿Tan rápido te has hecho amigo de Susan Hayward? Así la llamamos aquí.

— ¿Tiene su teléfono, por favor?

— No sé si debo ...

— Pues consulte con el doctor del Pino.

Sí, al poco rato obtuve el número y llamé a casa de Rosa. Respondió una voz gritona, nasal, ineducada. ¿Sería una criada?

— ¿Dice usted que sólo puede responder la señora? Entonces déme con ella.

Y la voz, ahora aflautada, se puso.

— Sí, ¿quién habla? Soy su mamá

— Disculpe, señora, soy secretario del profesor de San Marcos, doctor Javier ...

Y luego de identificarme, dije que no quería molestar a nadie, sólo preguntar por la salud de la señorita Rosa.

Pues sí, era tan sólo una gripe de la estación, ella volvería al trabajo a fin de semana; lo mejor era guardar cama por unos tres días.

Rosa volvió el lunes, con una chompa cerrada y blanca por debajo del uniforme beige. Su voz había enronquecido entre falsetes. Oirla era divertido. Claudio deseaba invitarla al cine París, muy de moda, en cuya tienda adjunta, una cafetería pequeña y limpia, ofrecían un delicioso sándwich de pavo y mayonesa, en pan francés, u otro de lechón, los únicos que podían derrotar a las ya mentadas hamburguesas. Esa mañana, calló lo más que pudo mientras manejaba el proyector, eligiendo las filminas, hasta que él se lanzó como a una piscina seca y la invitó el lunes, pero ella dijo que sólo podía el martes. Rió de gusto, pues coincidía con la repetición, al cabo de años, de *Arroz amargo*.

Tuvo, pues, que seguir esperando, hasta que llegó esa tarde, ambos vieron a la espléndida muchacha italiana, bella y fornida, con el temple de las jóvenes de la calle, y que pasaba de heroína por las pruebas de la vida. Salieron contentos, parlanchines, aunque sólo hubo tiempo para dar los primeros mordiscos al sándwich, de pie, mirándose, deformando las palabras, hasta que ella rompió a correr dos largas cuadras y le rozó al fin la mano con el pan, entrando en un portal de Baquijano. Su madre era muy estricta con ella. Sólo le quedó a Claudio volver una cuadra y media a la plaza San Martín, donde tomaría el tranvía a la Brasil, frente al Hospital del Niño. La Lima del centro volvía a ser ajena y adusta, pero este barrio tampoco era grato. Únicamente por razones educativas o de empleo podía Lima atraer a tanta gente de provincias; si no fuese así, él se hubiera quedado feliz bajo el cielo azul de Tarma.

Hasta que en una de las salidas al cine, Rosa dijo que su madre lo invitaba a tomar el té. Así conoció el portal muy barnizado, los brillantes adornos de bronce, y las escalerillas curvas de mármol, y el segundo piso donde estaba el salón sin nadie, pero muy iluminado. Examinó sorprendido los muebles afrancesados, el gran piano abierto, los numerosos retratos de héroes pintados, sin duda, por el extinto padre de Rosa, así como algunas espléndidas fotografías de novias y de rostros masculinos. Al volver a sentirse solo, oyó el rumor de la vajilla y del diálogo en el siguiente piso. Y de pronto la voz aflautada de Rosa:

— Sube, por favor, y perdóname que no baje, estoy con alguien al teléfono.

El comedor era tan vasto que avanzó largamente hacia el rostro amable y sonriente de la madre, quien parecía dirigir esa hora del té como a una orquesta, señalando sus sitios a sus ocho o diez invitados, que apenas poblaban un extremo de la mesa. Al mismo tiempo, se sintió desamparado y protegido, sobre todo cuando ella lo presentó al grupo, del cual ninguno, ni Rosa, se movió, para luego indicarle su sitio y explicar casi en broma que ahora los invitados eran sus parientes (Claudio miró más a Fernando, el hijo mayor), pero que otros días podían ser amigos de sus hijos, o asimismo amigos de amigos, pues a las seis de la tarde “caían” a la casa algunos “espontáneos”, como caen los aficionados a las corridas.

—Que conste que ella misma nos pide invitar a tal o cual, es muy amiguera con los jóvenes —bromeó Rosa, y todos soltaron la risa.

Claudio seguía sorprendido, esta vez por la cantidad de deliciosos sándwiches, pero hasta los de pavo y lechón, se ofrecían en cuartos muy refinados, y más allá vio los dulces limeños, una fiesta para los ojos. Sin embargo, quiso trabar conversación con ese Fernando, pero él apenas respondió con desánimo, y por el otro lado había un grupo de parejas quizá de la tercera edad, que tampoco gustaban del diálogo, hasta que Rosa, muy perspicaz, alzó la voz y siguió haciendo sus bromas sobre el hambre de las seis de la tarde, sobre los gritos que subían del Jirón de la Unión, que, según ella, podían clasificarse por su sentido político, y oyendo las voces una media hora, ya casi se tenía una encuesta sobre los partidos. Por fin, vino otro estallido de alegría.

— ¿Y cuál sería el ganador? —preguntó una dama—. ¿Quizá el Apra?

— ¡Oh no, Odría ya dejó hace tiempo el sillón, pero sigue con sus fans!
— dijo Rosa y volvió a alborotar la mesa.

De pronto, un fortísimo portazo en los bajos enarcó las cejas de la dueña.

— ¿Quién puede golpear así, Dios mío? ¡Angélica, mira quién es el malcriado!

La criada Angélica, de rostro sonriente, respondió en voz baja:

— La señora Josefa, ¿quién va a ser?

— ¡Oh, mi hija mayor, Josefa! ¡Les pido perdón por sus modales! ¡Y no sólo eso, sino que disimulen cuando me reclame por qué no la he hospedado aquí, en *su* casa! Ella vuelve después de quince años de ausencia. Es el mismo plazo que tuvo el Apra al volver en el 45 ¿verdad?.

Así, la risa general que recibió a la mujer extrañamente fea y vieja (tanto, que Claudio pensó que tendría otro padre, no el de Rosa), fue lo primero que pareció molestarla.

— ¿De qué se ríen? ¿No será de mí, verdad? —casi gritó—. Primero, tengo que alojarme en otro sitio que no es mi casa, y ahora ...

— Oh, no, vidita, tú no eres la dueña del chiste —dijo Rosa—. ¿O a lo mejor quieres serlo?

Y la risa volvió. Tanto, que doña Consuelo, la madre, tuvo que dejar su sitio de directora de orquesta, para saludar de pie a su hija, y pedir a su primer vecino que cambiara, por favor, de sitio, y así desarticuló la mesa de tal modo que Rosa acabó sentándose junto a un Claudio ya divertido y feliz. ¡Vaya humor de esta gente al comienzo mohina!

Mientras tanto, la recién llegada, Josefa, alzó la voz y mantuvo el tono más o menos agresivo, fruto de algún resentimiento que Claudio desconocía.

— ¡A ver, a ver! —llamó la atención general—. ¡Aquí me dicen que hay una personita que yo desconozco y que ojalá sea digno de mi amada Rosa, la hija más querida por papá, que Dios descanse y tenga en su gloria!

— Todos aquí saben que eso no es cierto —replicó Rosa, sonriente—. Aquí la mimada fuiste tú y de eso no hay dudas, ¿verdad, mamá?

— Ninguna duda —dijo doña Consuelo, y arrancó nuevas risas que molestaron aún más a esa Josefa, cuya nariz ganchuda, y cuyas notables arrugas molestaban mucho a Claudio.

— No les hago caso —dijo la desdeñosa recién llegada—. Están celosas. Lo que pregunté es dónde está ese novio que le ha salido a Rosita. ¿Quién es? ¿Ha venido o no?

— A mí no me ha *salido* nada —dijo Rosa—. ¿O crees que un novio es un chupo que te sale en la cara?

Josefa parecía vencida, pero insistió tanto, que Claudio no sólo se puso en pie, sino que, mostrando un gran valor, salió de la mesa y fue directamente a saludarla, y aun a besarla en una mejilla, pero quedó de nuevo tan sorprendido por esa mujer fea, que apenas besó el aire de esa cara, y no la cara misma.

— ¡Oh, qué guapo! —Josefa le tomó las manos y lo miró groseramente aquí y allá, mientras los demás protestaban por esa falta de cortesía—. Pues bueno, te deseo lo mejor, jovencito, y ya sabes, no te dejes dominar por las caras bonitas, sé tú siempre el hombre que lleve el timón ...

— El timón del barco chileno, manejado por su primer marido, al que conocimos aquí ¿recuerdan? —volvió Rosa a lanzar sus dardos.

— Sí, mi hijita, ése fue el primer hombre que tuve, y así se lo dije a papito, y él, que era un Duarte como todos y que no quería a los chilenos, me

dijo si lo quieres, cástate, hija, el amor está por encima de todo. Y espero que así sea en el caso de Rosita, que el amor esté por encima de ...

— ¡Ya vamos, cállense las dos! —dijo doña Consuelo—. ¡Vaya espectáculo que dan a nuestros parientes y amigos, y sobre todo a Claudio, este jovencito bueno y trabajador que se sienta por primera vez en nuestra mesa! ¡Perdona, Claudio, no te asustes, siempre vivimos en paz, aunque recordamos, al menos yo, profundamente a mi marido Luis, un hombre bueno y limpio en Lima, lo que ya es difícil decir!

Rosa saltó a abrazar a su madre. Los demás guardaron un hondo silencio que sólo se rompía por las tazas de té y el murmullo al llegar a los dulces. Josefa, en cambio, trató varias veces de desobedecer a su madre y persistió en urdir diálogos privados con sus vecinos, hasta que finalmente calló y anunció su partida, pues la casa donde se alojaba —y lo dijo con retintín— enviaría un coche particular a recogerla. Y que sólo permanecería una semana en Lima, pues su segundo esposo le había dado ese “permiso” para ausentarse.

Agitada, nerviosa, quizá incapaz de explicarle a Claudio los detalles íntimos de ese diálogo, Rosa permaneció casi todo el tiempo tomada de la mano de él.

Lo que son las cosas, me dije; buscaba una provinciana como yo, que no apuntara alto, y me doy con esta familia rancia y colgada de una Lima a destiempo. Sólo había empezado a acompañar a Rosa por el centro, desde Abancay hasta Baquíjano, y ya ella me iba ilustrando sobre calles, templos y casonas. Cuando por fin le dije que era yo de Tarma, cuna también de don José Gálvez, conecedor como nadie de los “encantos” de *una Lima que se iba*, allá por los años 30s, pero que, por lo visto, *tardaba mucho en despedirse*, ella me miró dos veces, y sentí que teníamos algo en común, y desde entonces mermó su afán de darme lecciones sobre iglesias y edificios. De algún modo, empezábamos a ser amigos, o al menos condiscípulos de una materia viva que seguía húmeda y flotando en el aire.

Nos gustaba ir a los modernos cines de La Colmena y de San Martín, y luego, volviendo a pie a su casa, le invitaba sabrosos sándwiches.

Pero su hambre y su boca eran tan pequeñas y bonitas en ella, que, al despedirse, tenía medio pan en la mano, junto a su sonrisa.

En las nuevas citas, me hubiese gustado llevarla al Crillón o al “91”, un *pent house* desde donde decían que se miraba toda Lima de un solo golpe. Inclusive ahorré plata para eso. Pero tampoco aceptaba aún.

— Mira, seamos prácticos —dijo—. No tiene sentido ir ahí, cuando mi muchacha Angélica, en la casa, prepara unos sándwiches divinos, ya los probaste. Eso sí, una tarde, los lunes por ejemplo, que son días de damas, podemos tomar el té en el Bolívar o el Crillón, como para chuparse los dedos.

— O sea que el próximo lunes ...

— Mira, mi hermana Maruja, que es más simpática que yo (y se ponía graciosa y daba vueltas), se ha casado en Arequipa y viene en estos días, en camino a San Francisco, donde la espera su marido, pues se han casado por poder y ojalá no se descasen *por no poder*, y todo esto sea dicho con tu perdón —y soltó la risa.

— O sea que Maruja es distinta a Josefa...

— ¡Oh claro, como el ángel del demonio! —se llenó de gestos—. ¡Vaya, qué vergüenza haberte presentado a Josefa, pude no hacerlo, y así me sugirió mamá, pero yo no quise esconderte ni lo más negro de la familia!

— Olvídate de eso ¿O sea que Maruja es la estrella?

— Ya lo verás.

Y fue verdad, y nunca me alegró más el conocer a esa joven, pues, sin ser más bonita que Rosa, añadía y copiaba lo que Rosa tenía, belleza y donaire, con lo cual quedaba ya firme el modelo de carácter y aun la figura de dos jóvenes de esa familia, que por fin vencían juntas a la desdichada Josefa, ese eslabón perdido y maltrecho.

Pues bien, no sólo salieron los tres a tomar el té en el Bolívar, sino que por la tarde, Claudio acompañó a Maruja (Rosa debía trabajar en la Biblioteca) en sus trajines de recién casada y en las compras para el marido y su familia, allá en California. Hasta le ayudó a llevarse un baúl para llenarlo de regalos (los infaltables objetos de plata que Lima producía más y mejor), y el baúl y su dueña se embarcaron al día siguiente en El Callao.

— Si fueras un poco mayor y tuvieras bigote, me hubiera casado contigo por poder y ante el alcalde —dijo Maruja, al despedirse.

— Mentira —rió Rosa—; tu primer novio fue un flaco de anteojos, aficionado al hipódromo.

— Envidiosa— rió Maruja—. Ahora es médico y es también mi padrino, y me regala un automóvil puesto allá en San Diego. ¿Qué te parece?

— Yo nunca seré padrino —dijo Claudio— ¿Y la madrina quizá ha sido Josefa?

— ¡Contra, por si acaso! —se protegieron con sus manos ambas muchachas—. Esa fresca dijo que se volvía pronto a Santiago, pero nos han dicho que sigue por aquí.

Otra tarde, con más tiempo disponible, Rosa le prometió el último paseo formal, y lo llevó a la imponente iglesia de San Francisco, de rango catedralicio, donde Claudio se sintió repentinamente provocado no sólo por las riquezas artísticas, sino por el rostro torturado de los santos y por los vericuetos de las catacumbas. Al salir y ponerse el saco, luego de descansar en un pequeño bar de enfrente, Rosa lo guió imperceptiblemente hacia los Barrios Altos, pasando de la magnificencia a una paz franciscana, de solitarias callejas de piedra, abandonadas pero no tristes, sino sólo viejas y de pie.

Y cuando, en el momento preciso, Claudio preguntó si habría taxis en alguna esquina, Rosa lo tomó cariñosamente del brazo.

— Primero llévame a ese chiringuito —señaló una tiendecilla—. No te asustes, aquí sirven unos ricos duraznos macerados en pisco.

— ¡Vaya con tus itinerarios! —exclamó—. Has dado justo en el clavo.

Y en verdad, sentados ante una mesilla tembleque, saborearon esos y otros frutos, orejones, membrillos, duraznos, que parecían embrujados y que de pronto hacían reír de contento.

— ¿Y si nos llevamos un frasquito? —propuso él—. Esta tienda debería estar en la plaza de armas.

— Claro que sí. Y ahora, de vuelta, como quien no quiere la cosa, me esperas y yo entro aquí, en esta plaza de la Buena Muerte, a saludar a mi madrina

— ¿Cómo, y te vas dejándome solo con ese nombre de miedo?

Vio la plazuela humilde, escondida, y recordó el barrio viejo de Tarma, y de ahí aun vio la imagen de su madre cruzándola, apuntando con la mano, llamándolo. Se le cortó el aliento, debió detenerse, disimular, sonreír cuando menos ganas tenía.

— Bueno, bueno, aquí es, junto a esta chingana. ¡Pobrecita mi madrina, mira en qué sucucho vive! —dijo Rosa—. Y ella es hermosa e italiana, y la conocí cuando tenía todo el *pent-house* en un nuevo edificio de la avenida Wilson. Imagínate, y luego fue dando tumbos de gitana. Y su familia, muy rica, apenas si le da una miseria mensual, mientras sus hijos y nietos se pasan la gran vida.

Les abrió la criada Elisa, que abrazó a Rosa como a una amiga, y por unas escaleras de juguete pasaron de la miniatura del saloncito, a la otra pequeñez del cuarto de costura, donde parecía reinar la hermosa y pequeña anciana, de piel de muñeca, ojos azules y túnica de seda oriental. Dijo que me conocía de nombre y nos invitó un té exquisito en dulces, empanadillas, tajadas de panetón y frutas secas de Italia. Nos creíamos dentro de un sueño muy benigno. Pero la anciana tosía, hablaba poco y su voz era penosa.

Con el tiempo y los viajecillos a la Biblioteca, y con la secuela de los menudos paseos con Rosa por una ciudad que no acababa de gustarle (el cielo era una herejía, sin el azul de su niñez, y la vaguedad blanca lo aburría progresivamente, hasta sufrir, porque Rosa y la neblina estuviesen juntas). Claudio llegó al extremo de idear curiosos proyectos para corregir Lima, como si él fuese un urbanista o un regidor de alcaldía.

Pero, antes de proyectos, descubrió risueñamente que, para él, Lima era como una naranja pálida, cuyas dos mitades se le abrían cada vez que entraba por Lampa o por Carabaya, pero con la impresión de que podía soportar la mitad derecha, aunque difícilmente la siniestra. Por turnos, confirmaba o no ese juicio, según los días más o menos mortecinos. Parecía, en efecto, estar en la verdad: los pétreos Bancos, los buenos edificios de Financieras, la Bolsa, las moles de estacionamientos (veía menos "playas" absurdas, de nombre ridículo), los grandes templos de La Merced, San Pedro y San Francisco, estaban al lado derecho, además de Torre Tagle y los vínculos internacionales, y de su vieja universidad, San Marcos, y hasta del Maury criollo, muy fácil de hallar, por no añadir el encanto del Barrio Chino, el de los mil sabores. En cambio, el lado izquierdo se había vaciado de tiendas y edificios, ahora maltrechos y ojerosos, y el nuevo jirón Cuzco se había vuelto feo y maloliente, rumbo a las miasmas de la plaza Castilla. Por supuesto que, para consumir su teoría, olvidaba la posición central de los conventos de Santo Domingo, del Santuario de Santa Rosa y de los hoteles sobrevivientes, Bolívar y el Crillón.

En fin, si no era cierta, prefería su impresión inicial por encima de la verdad. Y en el caso de Rosa, ella se divertía al decir que la tesis de Claudio había dejado su casa milagrosamente indemne, pues ella también vivía a la derecha, como tantos hombres malos de la historia nacional, aunque el Palacio de Gobierno se había puesto hipócritamente al centro, y merecía rasgarlo también en dos.

— Ja, ja, —dijo Rosa—. Siempre me ha gustado eso de "luchas intestinas" cuando hablan de política. ¿O sea que la barriga está en la Plaza de Armas?

— Será porque los limeños comen mucho arroz y frijoles —dijo él.

— Como los italianos —dijo ella—. ¡Si hubieras visto a mi cuñado Carlucho frente a los tallarines o la tripa! ¡Se volvía loco!

Reviviendo el diálogo, Claudio asimismo se divertía, pero callaba, absorbido por una especie de sombra, en cuanto miraba la nueva moda de millares de transeúntes mayormente pobres, sin saco ni corbata, y con camisetas casi transparentes, y con una sola clase de blue jeans, para democratizar aún más la pobreza, y en fin, casi con un modelo único de zapatillas, adiós a los zapatos.

Ése era el grueso de la población, mientras los jefes, gerentes, congresistas o militares casi habían abandonado las calles, luego de echarles alguna clase de ácido.

Lo curioso era que esos millones de marginados podían reirse de cualquier clasificación, y por ello, a ratos, asombrado, Claudio pensaba en que su molestia por aquel feo aspecto de sus compatriotas, chocaba de modo risible y hasta humorístico con su defensa de la justicia social, de la democracia, del pan con libertad, "valores" que se habían filtrado incluso en el

hogar, y en las sucesivas habitaciones forradas en libros, como en la casona de su maestro, don Javier, quien, preguntado por su alumno, ignoraba cómo responder, añadiendo a veces que esa frase sobre “la situación” merecía históricamente toda clase de respuestas serias, burlonas o intermedias.

Luego me tocó el turno. Llevé a Rosa por los balnearios; nos favoreció el sol, luego el crepúsculo rojo y amarillo, que, por desgracia, no inspiraba aún a los pintores de Miraflores, quienes se habían quedado en tierra con sus pinceles en alto. El mar estaba ahí, visto abajo desde el alcantilado, y su piel era de otra clase de luz, y las olas se creaban en una sucesión de líneas, surcos, lomos, que pronto ya eran alfombras blancas de espuma, y ahora renacían, corrían en puntillas, y de nuevo se extendían las alfombras blancas hacia la playa, hacia nosotros, que flotábamos encima del abismo, una y otra vez, en una sola mirada plácida e hipnótica.

— Por supuesto que los balnearios tienen su encanto —dijo Rosa—, negarlo sería absurdo. Pero nosotros no tuvimos suerte con la casita que perdió mi papá en Barranco. Un amigo íntimo lo puso de avalista en un préstamo del Banco, que ese hombre no pudo honrar, y entonces papá cedió el inmueble para salvar a su amigo.

— Pero ¿por qué ...? —se revolvió Claudio—. ¿Es posible perder así un bien, como volando? ¿Tan bueno era tu padre?

— Imagínate. A mí me fascinó su gesto. Será por eso que nunca aspiré a rica. Si lo fuese, en un minuto me despojaría de todo ... Oh, no me oigas, no entiendo cosas de dinero.

— ¿Y ese amigo le devolvió la plata alguna vez, así fuese más tarde?

— Oh, no, parece que además se ofendió al cobrársele y no volvió más.

— La bondad, una perla en medio de la tribu ... —musitó él.

— Sí, sí, él era muy bueno, y también mi madre, aunque creo que menos, pero la más buena es mi madrina Fietta. Oh, la pobre, imagínate ... —y Rosa dejó por completo su alegría—. Ahora que me acuerdo. Dentro de mí, le he prometido una póliza de seguro, pues la pobre ni siquiera tiene seguro social, pero no he cumplido hasta hoy. Soy muy volada.

— Eso ya lo sabemos bien —rió Claudio y menos mal que le devolvió la alegría.

De vuelta, tomamos un ómnibus, y tras casi una hora, por estar cerrada una calle, nos llevó tan torcidamente que pasamos frente al Teatro Municipal. Entonces Rosa se sacudió en el asiento:

— ¡Vamos, baja! ¡No me creas huachafa ni snob, pero conozco esta calle desde los diez años!

— ¿No me digas que estudiaste teatro o ballet?

— Oh, no tanto. El Municipal fue como una escuela para nuestro grupo del Jirón de la Unión. Con mis amigas las Fort, las Mosquera y las Hidalgo éramos diez, y cuando había función, subíamos a la cazuela, no a la galería ni a la platea, eso era para los ricos ignorantes, que sólo iban a lucir pieles en el clima suave de Lima, imagínate lector. Esos tontos gritaban *ya murió, ya murió*, cuando la bailarina estaba sólo dormida, y también *mira, mira, Julieta vuelve a despertar, uy, qué miedo*. Ni siquiera leían el argumento. Me acuerdo desde los primeros cuerpos de ballet que llegaron, desde el ruso del Coronel Basil, hasta el American y los modernos, pasando por los actores de teatro, Vivien

Leigh, la Xirgu, Pedro Lagar, Petrone, aun ese francés que hizo *El proceso*, de Kafka, y no te cuento de las zarzuelas huachafas.

Ella me contagiaba su entusiasmo.

— ¡Vaya, Rosa! ¡Ahora me explico cómo alzas la cabeza, corres de puntillas o das una vuelta rápida! ¡Te queda eso del ballet!

— ¡Nada de tomarme el pelo! Sí, estudié ballet de niña, hasta que, perdóname por decirlo, me salió una cosa muy fea en el pie izquierdo, un juanete, oh qué vergüenza, y tuve que abandonarlo, por eso y porque las monjas del colegio mandaron que yo debía elegir de una vez entre el ballet o mi matrícula, el ballet o la banda azul, o sea que iban a expulsarme si yo ... ¿Te das cuenta?

— Monjas malvadas ...

— No, ellas sólo aplicaban su reglamento.

— Lo que es yo —dije muy orondo—, sólo vi en el foyer del Municipal una gran exposición sobre el ballet y el teatro en Lima, desde comienzos de siglo. La presentó un tipo flaco y resfriado.

— ¡Yori, el famoso Yori! — saltó ella—. ¿Sabes que él organizaba esas muestras de zapatillas firmadas, de fotografías y programas firmados, de trajes de actrices obsequiados a él? ¡Era el único crítico de arte, escribía en *El Comercio*, si tenía suerte y le daban sitio! ¡El pobre flaco era una enciclopedia!

Entusiasmada como nunca, Rosa hablaba también de los estrenos de películas en la plaza San Martín, con tres buenos cines a falta de uno, y de la vez que dieron en el Metro *Lo que el viento se llevó*, con una media hora de intervalo entre las dos partes, cuando sirvieron, sí, señor, chocolates y helados en el hall.

— Lo que quiero decir con esto —resumió Rosa—, es que entonces lo mejor estaba en el centro; y por algo San Marcos y la Católica estaban asimismo en el centro, y había una sala de exposiciones y conferencias en la calle Ocoña, y ya me acordé, ahí dictó una conferencia precisamente tu jefe, don Javier.

— También él lo dice —tuve que decir por fin—. Poco o mucho, sólo el centro ofrecía antes cosas de valor, además de tiendas bonitas. Pero vinieron los sufridos ambulantes, mis comprovincianos, no sé qué decir de ellos, me disgusta golpearlos en el suelo... —tembló mi voz.

— Te entiendo, ellos tienen derechos como nosotros ... — Rosa me ayudaba, pero las frases seguían huyendo. Hasta que pude resumir:

— En fin, los ambulantes, exiliados de su tierra, sitiaron los negocios, y el resultado se ve ahora. Las tiendas clausuradas o vendidas a precio de huevo a algún intermediario, el centro que se despuebla, y los balnearios que no desean recibir a tanta gente, incluso a tantos Bancos y edificios enormes. Y en el intervalo del cambio, llegaron los precios altos y las mudanzas hacia lo mejor o lo peor. ¿Quién ve el futuro? Lo cierto es que la ciudad de antes no existe, y que ahora sólo vemos la transformación o deformación de lo que hubo, y esto nos lleva a ...

— Gracias, lo has dicho mejor que yo, Claudio. Te digo que hasta mi mamá, que es una fanática de Lima, ya está pensando en mudarnos. Pero ¿adónde? Las casas en balnearios son muy caras.

— Pero tarde o temprano, ustedes ...—dudé seguir.

— ¡Vaya problemas que debo compartir contigo! Lo siento, Claudio. Y ahora chau, mi amor, de pronto ya es de noche.

Quedé solo, entre el súbito apiñamiento del Jirón de la Unión, en esa hora exacta del anochecer. ¿Parecía ese hormiguero el camino hacia la muerte, desaparecería pronto la ciudad? Me estremeció algo así como el filo de una navaja. Pero quizá esa misma vitalidad, ese conglomerado de clases que se agitaba vigorosamente por las calles, ¿no sería un extraño síntoma de mejoría? ¿O la vitalidad y la enfermedad juntas eran inseparables?

La malograda Josefa se había marchado, menos mal, pero una noche, al despertar, lo asaltó primero en broma y luego casi como una tos que debe expulsarse para revivir, la idea de que lo importante no era esa despedida, sino que, de cerca o de lejos, esa mujer fea representaba el peligro de una deformación quizá inevitable para Rosa y su belleza, las cuales, con el tiempo, serían engullidas por el modelo del monstruo.

No conocía a ningún médico, y por otro lado, le parecía absurdo ir con esa pregunta a cualquier galeno, ¿Qué le diría? Quizá, en principio, la nariz no era un escollo, pues Rosa le había contado (ella callaba poco de sí misma) que debía su pequeña y bellísima nariz a un famoso médico Pinilla. ¿Cómo ubicarlo y con qué pretexto?

De pronto, en medio del sagrado silencio en que don Javier investigaba, ahí penetró en puntillas Claudio, saludó con una seña muda al jefe, y empezó a imitarlo, investigando por su lado en directorios y agendas. Mientras tanto, don Javier revisaba sus propias fuentes, escritas con su difícil y menuda letra en los lugares más raros, si bien luego uno comprobaba que tales sitios eran los más lógicos y asequibles, por ejemplo, en la contratapa de los libros, en cuyo espacio en blanco (siempre había dos o tres hojas limpias) él había anotado su propia reacción a lecturas previas, que ahora ratificaría o cambiaría, según esta segunda revisión. Pues bien, mientras su jefe leía y releía, Claudio agotó a los Pinilla en la guía telefónica (renunció a ello, pues carecía del nombre de pila y del segundo apellido), y empezó a dudar con todo su cuerpo, volviéndose de aquí allá, pero siempre en silencio. Agotado y perdido en tan poco tiempo, alzó los ojos y ahí estaban los del jefe, pluma en mano y con aspecto más juvenil que de costumbre. Le quedaba bien el saco blanco de sarga y el no usar corbata.

— ¿Qué pasa, qué datos busca usted? —y la frase dicha con la proverbial paciencia del sabio.

— Perdone la pregunta, maestro, ¿no conocerá usted a un médico Pinilla, dicen que es muy conocido en Lima?

— ¿Está usted enfermo? ¿Qué le pasa?

— No, es puro interés intelectual

— Vamos, qué buena respuesta. Pinilla ... —repitió el hombre fuerte y canoso, sin dejar su tarea—. ¿Cuál de ellos? Hay un historiador, un arqueólogo, un director de Educación y un periodista, y todos son Pinilla y sin duda hay más. ¿Sabe el nombre de pila o su especialidad?

Las orejas de Claudio empezaron una vida propia. Pero él no se atrevía a decir que se trataba de un cirujano plástico.

— Ya revisé lo que pude, doctor.

— ¿Será Luis, Fernando, Ladislao, Timoteo ..? —y la sonrisa burlona ya estaba naciendo en el tono de la voz.

— Perdóneme, doctor, no debí importarlo, me faltan datos mínimos pero esenciales ... Sólo sé que es cirujano.

— Bueno, ya es algo. Llame usted de mi parte al médico Gustavo Espinoza, saludelo y pregunte si tiene algún colega con esa mínima seña. Él es capaz de ubicarlo en cualquier hospital o clínica. Es una *uta* en su profesión. Ah, pero dígame si es joven o viejo, porque eso sí le servirá.

Claudio salió a usar el teléfono del pasadizo. El doctor Espinoza respondió al punto; que llamara al director de la *Revista Médica*, señor Isidro Rosales, y que le diera sus saludos.

Ese Rosales, con los datos de un joven cirujano plástico, respondió al punto con las señas: un tipo palogruoso, que cobra fuerte a las mujeres y trabaja tanto en una clínica como en un consultorio propio.

Volvió contento a su tarea, pero no tuvo necesidad de dar ninguna explicación al jefe, pues éste había encontrado *su* propio dato, el que buscaba, y rápidamente lo anotó en la página final del libro, frente a los ojos de Claudio.

— Cópíame en una ficha de aquí hasta aquí. ¿Puedes hacerlo ahora mismo?

— En dos minutos, señor.

Al salir esa tarde, por primera vez en mucho tiempo, no buscó a Rosa sino al director de la *Revista Médica*, y de nuevo usó el nombre del jefe para ser recibido. El lugar parecía la sala de redacción de un periódico.

— Gracias, señor, pero quizá sólo una secretaria podría ayudarme — pretendió rebajarse, en otro impulso—. Busco algún artículo, sea o no del doctor Pinilla, sobre operaciones en el rostro.

— ¿En la nariz, como está de moda entre las mujeres?

— No, señor. Quizá sobre la influencia de la edad en el rostro femenino.

— ¡Ah, el fantasma de las bonitas! —se agitó el hombre—. ¡La edad las vuelve locas! En uno de los últimos números, hay un texto sobre operaciones a señoras de más de cincuenta años. Es bueno y divertido. ¿Le parece bien? Empieza por decir que las viejas deben pagar más, no porque la operación sea más difícil, sino porque se supone que ellas tienen ya maridos ricos. Ja, ja. — y el hombre se divertía—. Pregúntele a la señorita y ordene las fotocopias. Chau, y saludos al doctor Espinoza.

Nervioso, avergonzado, pero de algún modo feliz, leyó páginas técnicas y gráficas, y de vez en cuando hallaba frases que lo reconfortaban: la belleza era un asunto de huesos, de cimientos, la piel sólo venía *sobre* ellos. Pero la piel sola también podía cuidarse haciendo sacrificios en verano y no mostrándose mucho al sol, el cirujano no tenía por qué intervenir, era un mal negocio para *nosotros* ... Era posible, pues, que los enormes descuidos de Josefa, durante años (o siglos) fuesen más responsables de su fealdad que su falta de cirugía.

En fin, quizá de nuevo feliz de ser enamorado de una muchacha a quien le decían Susan Hayward, señaló los textos, pagó por las fotocopias, y salió satisfecho, ocultando la documentación en su maletín. Se preguntó finalmente qué haría con todo eso.

Halló a Rosa tomando el té en la gran mesa del comedor. Doña Consuelo había salido a visitar a la amiga que, por turno, ofrecía su casa para el juego semanal de cartas.

— Angélica, sirve al señor —mandó Rosa—. Hola, mi amor. ¡Imagínate que mi dichosa hermana Josefa quería quedarse en Lima un par de meses! ¡Qué tal cuajo! Inclusive discutió con mamá su “derecho” a conservar un dormitorio, así fuese el dejado por Maruja, y que ahora es parte de la Fotografía.

— ¿Dos meses? —repitió, de algún modo asombrado por la coincidencia de temas sobre Josefa—. ¿Y qué iba a hacer en Lima?

— Descansar, dice que dijo, pero se le escapó la mentira, pues primero había dicho, ¿recuerdas?, que su nuevo esposo le había dado un “permiso” de días, nada más. No te imaginas lo caprichosa que ha sido siempre. Ahora me da risa, claro, pero parece que papá la mimaba tanto que hasta le regaló un viaje a París. ¿Te imaginas?

— Me tomas el pelo, Rosa ...

— No, óyeme bien —dijo ella, mientras esperábamos los sándwiches calientes que solía darnos Angélica—. Hace años papá fue invitado a París, a una exposición internacional de fotografía; le enviaron el pasaje, pero él no pudo reunir el dinero para un segundo boleto, pues quería llevarse a mamá consigo. Mala suerte, no se pudo, pero la chinchosa, como yo la llamo, se metió por los palos y lloró hasta patear por el suelo, pidiendo “sólo el pasaje”, porque, según ella, allá tenía una amiga que la alojaría.

— ¿Y no me digas que se fue?

Angélica entró, dejó la vistosa canastilla de sándwiches envueltos en una servilleta bordada.

—¡Por supuesto! —rió Rosa—. Y aun volvió con fotos que nos las pasaba muchas veces por las narices. ¡Ah, no sabes, Claudio, la diva es profesional! Ahora también lloró para que mi mamá y mi hermano Fernando le pagaran la vuelta en avión, cuando al final supimos que tenía un boleto por barco de carga, en uno de esos lindos cruceros que, según ella, en Chile son muy aceptables, y por eso lo compró, pero que aquí están fuera de moda. ¿Qué te parece?

A medias libres, por la presencia de Angélica, Rosa le dio un breve paseo por las habitaciones del tercer piso, donde se abrían, como grandes salas, los dormitorios de doña Consuelo, adusto, con visillos y gruesas cortinas y efigies religiosas, y edredón bordado a mano; y el de Rosa, que parecía ser ella misma convertida en dormitorio, el tocador breve y de altas patas, un espejo vertical muy novedoso, dos silloncitos casi redondos y tapizados, unos blancos visillos en la ventana y una gran luz redonda por la claraboya.

— ¿Quieres salir o quedarnos abajo, viendo una película?

Y como que Claudio despertó y dijo, vamos por un trago al Crillón, y casi vio de antemano el bar limpio y ruidoso, una pecera de cristales que envolvía a los clientes, una algarrobina fría para ella y un pisco-sour para él, y ambos viviendo muy cerca de la vereda, de la calle que se movía y brillaba a derecha e izquierda.

Ésa fue la última de las tardes felices. A la otra mañana, una voz alterada y violenta llamó al teléfono. Quizá dijo mi nombre, pero tanto se salía de la paz y tranquilidad de las cosas que yo tiré el fono.

Al segundo timbrado, estuve más dispuesto a reprender al malcriado que a oír sus razones.

— ¿Qué te pasa, Claudio? —gritó la voz, que ahora sí era de mujer desesperada—. ¡Soy yo!

— ¿Y quién es yo?

— Claudio, soy yo, Rosa. ¿No me reconoces? Pues yo tampoco. No te imaginas lo que me ha pasado.

Salté del asiento. Menos mal que don Javier no estaba en el despacho.

— ¡Dime, dime! ¿Qué pasó?

— Bueno, no solamente a mí. La madrina Fietta, su muchacha Elisa y yo estamos en una mañana de miedo...

— ¿Qué, una manifestación por las calles, balazos, estás herida o algo así? ¡Tienes que tomar un taxi y salir adonde sea, adonde sea!

— Más o menos —dijo ella—. No sé si pueda contarte las cosas en orden. Mi cabeza da vueltas. Lo cierto es que he pasado tres horas de mi vida en que casi mato a alguno de esos salvajes del Hospital Loayza. Imagínate, lector.

— ¿Y por qué tuviste que ir al Loayza? ¿Te han internado? ¿Qué tienes? ¡Dime rápido!

— No soy yo la enferma, es la madrina Fietta. Elisa me llamó a las ocho de la mañana, diciendo que su ama no había dormido y que tenía fiebre, además de la tos de perros, sí, la pobre está muy mal. Yo recordaba vagamente que en el Loayza había una clínica, quiero decir, una sección de pago, donde antes fue mi mamita. Como locas, conseguimos por milagro un taxi, qué tal barrio, Dios mío, y a las ocho de la mañana, y el taxista dijo que no había ya esa sección de pago, y nos dejó frente a la única reja donde se agolpan las enfermas. Hasta que luego de ruegos y coimas nos dejaron entrar, pero no hacia un médico, sino hacia una boletería, y otra cola "para ver si te atienden".

— ¿Y la vieron, y qué tenía?

— Por suerte, ya en la cola, miro pasar a un médico con la bata puesta y sin duda mi ropa hizo el milagro, una se viste de oficinista de clase media y eso es más de lo común ahí, y sin duda mi traje sastre ...

— Ya sé, y tus ojos, tu pelo, tu pinta a la Susan ...

— Oh, calla. De pronto, él sentó a la madrina en un banquito de ese patio inmundo y le puso el estetoscopio. ¿Te imaginas la escena científica? ¿Cómo iba a saber yo que ese Hospital estaba por los suelos?

— ¿Y qué pasó? Vamos, de una vez ¿La internaron?

— Ni en sueños. Dijo que el pulso iba mal y que los bronquios estaban tomados, y me llevó hacia otra cola más pequeña, y que ya estaba bajo techo, y sólo ahí dijo que de seguro vendría una enfermera por el ticket que habíamos comprado.

— ¿Nada más? ¿O sea que fue una atención de yapa, de favor?

— Así es, y entonces, como demoraba esta segunda o tercera cola, ya no pude más, y Elisa, menos mal, cargó a la viejita y tomamos otro taxi, y enrumbamos aquí, a la clínica Balta, cerca de tu pensión, y por fin le están tomando radiografías y lo demás, pero yo la veo muy mal. ¡Sí, sí, está en Emergencia, para que la vean más rápido y le den ciertamente una cama!

— ¡Vaya, qué tal odisea! No olvides llamar a un miembro de su familia, así no vayan, pero tienes que informarles ¡No te olvides! Si no, pueden acusarte de secuestro

— Oh, sí, son muy capaces, Claudio. Se me acabó la paciencia, nunca más defenderé Lima ni sus supuestos encantos. Ni hablar. ¡Tener un solo hospital, y en ciernes, para miles de personas! ¡Es un crimen! ¡Hay que denunciarlo! ¡Oh, cómo extraño a mis amigos de *La Prensa*, que trabajaban pared de por medio con nuestra casa!

— ¡Vaya, vaya! Yo saldré a la una e iré a almorzar contigo en la cafetería de la clínica. ¿Está bien?

— Ven, amor mío, no sé qué haría sin ti.

Mala suerte. La madrina Fietta Cardillo murió a los tres días de internada. El representante de su familia sólo se hizo ver frente a la *Caja* de la clínica, al momento de pagar los gastos (a fin de resolver el problema de su tacañería, Rosa contribuyó con la mitad), y luego se esfumó, dejando una enorme cruz de flores, desproporcionada incluso para las puertas del velatorio de Fátima. Los demás aparatos eran bellas "lágrimas" de flores blancas, que parecían mimar a la muerta, a esa madre huérfana con hijos ricos y sordos, que vivían en la misma ciudad, pero que no asistieron a despedirla.

Una sola vez vi llorar a Rosa. Se acercó demasiado al ataúd, a la ventanilla de la huérfana, le susurró algo así como "eres mi segunda madre", dio un leve quejido al que acudí de un salto, y enseguida se quebró y se rehizo al mismo tiempo, y por fin compuso el rostro. La belleza venció al rictus del dolor, venció a la sombra, a la intrusa que de algún modo se había trepado sobre el ataúd, como una araña lejana e insensible, pero exacta, eficaz, y quizá mirando a su nueva víctima. Y luego, mientras el cura sermoneaba y doña Consuelo, junto a él, presidía el duelo, la sombra tejió una especie de niebla y pronto quizá pasó adentro de nuestras cabezas, una sombra sin serlo, una presencia incierta, un tumor incomprensible del aire. ¿Cómo así había llegado a nuestros ojos? Rosa me lo preguntaba sólo con ajustarme la mano, como jamás lo había hecho antes.

Cesó la voz del cura. Rosa, entonces, impidió delicadamente que doña Consuelo presidiera el duelo y la envió con toda suavidad a casa. Así, ella encabezó el cortejo y penetró adrede en la nueva máscara del dolor.

Dijo que debía ir al cementerio, que era el nuevo derecho de las mujeres, y subimos y entramos en las fauces de una horrible carroza, con velos perversos, quizá metidos en una trampa, a fin de que todos nos miraran desde la calle. Tal vez entonces desafiamos sin embozo a la Enemiga.

Durante días estuvimos enfermos por esa sombra metida en el cuerpo, el dolor que apretaba la cabeza y las piernas, el asombro que nos devolvía a la niñez, al vacío sin respuesta, y por fin, poco a poco, nos sentimos de veras convalescientes, despiertos ya del medio sueño.

Una tarde, luego de ver *Candilejas* en el imponente cine Pacífico, de Miraflores, ya no de Lima, fuimos a la casona de don Javier. Nos había invitado a la hora del lonche. El portero dijo que pasáramos a esperarlo, que el joven Claudio tenía llave de todas las puertas, menos del salón, que justamente don Javier había dejado abierto, para que la señorita Rosa lo conociera.

Cuando, ya solos, entraron en el salón, fue como si Rosa se diera con un sitio conocido, pero ideal, esperado, e inclusive el tono de su voz se asombró con ella. Los muebles eran legítimos, franceses, no como en muchos salones de Lima, y la clásica distribución de cuadros, pinturas y fotografías, con el gran piano al fondo, delante de largos cortinajes, sería en parte impersonal, pero grata, y de algún modo su sombra íntima empezaba a librarse, por lo cual, apenas salía el dueño de casa, le pidió con una seña permiso para tocar, y tocó lo muy poco que sabía, fragmentos de Tchaikovski y Vivaldi, mientras don Javier se llevaba del brazo a Claudio para conversar con éste y decidir al fin temas que habían dejado "colgando" por semanas: redactar y enviar la carta a la Biblioteca Nacional, señalando la fecha de entrega del legado de la biblioteca principal que hacía el maestro; luego, la orden de limpieza del piso superior, grande pero desconocido aún por su dueño, y lleno de trastos, bultos y muebles viejos; después, lo más vital para Claudio, el título de su tesis de licenciado, cuya sola inscripción iniciaría oficialmente el trámite para la beca que tanto esperaba; y el temario de las próximas clases del maestro.

Así, mientras a lo lejos, oían los ejercicios y las entusiastas limitaciones musicales de Rosa, los hombres trabajaron hasta tarde, y cuando Rosa empezó a fatigarse, arremetió con piezas populares y aun huainos, hasta que decidió explorar detalles de la llamada biblioteca principal, de cuyos tesoros no hallaba por ningún lado fichas ni registros. Sorprendida, aunque generosa con la desidia de los intelectuales que dialogaban encerrados más allá, se propuso iniciar un recuento así fuese provisional. Para ella, no había mejor modo de esperar la hora del té.

Adentro, en el pequeño despacho de Claudio, éste y su jefe discutían sobre la beca que definiría el futuro del discípulo.

— Mira, Claudio —decía don Javier—, decidirse no es tan complicado como parece. Los jóvenes, llevados por la fama del Instituto de Massachussets o por Harvard, son científicos o filósofos precoces. Pero hay también unos hijos de ricos, aquí o allá, que empiezan sus carreras, y luego huyen a sitios menos notables, menos flashy. Es que no pueden más, y acaban, por ejemplo, siendo banqueros en Lima, pues aquí suele haber en cada Banco una cuota para los apellidos, y de eso despiertan alguna vez

— ¡Maestro, por favor! —exclamó Claudio—. ¡Yo no estoy listo para Harvard, tiemblo de miedo! Lo único que puede ayudarme es el idioma, me defiendo con el inglés de los libros, eso sí, pero me falta conversación...

— Bah, olvídate de eso. ¿Qué te pasa, muchacho? Cada vez que me visita un *scholar* gringo, ¿no haces tú la traducción?

— Bueno, ésas son cosas fáciles ...

— ¿Y cuando llegaron los escoceses, tan difíciles de entender?

— Bueno ...

— Mira, hijo, óyeme bien —lo calmó don Javier—. Yo me eduqué en Madrid y Sevilla, y nada me sería más fácil que recomendarte al jurado español, del que formo parte. Lo ideal sería que fueses a Roma o Florencia, porque Italia refina por dentro y por fuera, pero no hay casi esas becas, y entonces te sugiero Londres. Los ingleses serán tan tacaños como los franceses, pero ambos pueblos dan buenos investigadores, buenos *scholars*, y hoy por hoy de cada uno de esos países escapan como locos hacia Estados Unidos, ansiosos por buenos sueldos —y el maestro desviaba los brazos aquí y allá, divirtiéndose—. Óyeme bien, muchacho. Los primeros que corren hacia Estados Unidos son, en verdad, los ingleses, sobre todo después de la última guerra. O sea que por ello hay espacio en la isla, ¿me entiendes? Y hay otras ventajas. Por ejemplo, en temas de la Emancipación e Independencia, los autores ingleses se acercan mucho a la objetividad, no del todo, por supuesto. Yo he aprendido a respetarlos tarde, pero al fin se me quitó el prejuicio de Londres *contra* Madrid y Sevilla. Y además, no olvidemos que los éxitos de Estados Unidos en educación empezaron siguiendo el modelo inglés; los nuevos tienen el dinero, pero los viejos la cabeza.

— Y perdón, maestro, en Londres, digo en Cambridge, ¿no está ese profesor amigo suyo ...? —balbuceó Claudio.

— Sí, Brading, y él justamente te ayudará. ¿O sea que al fin te diste cuenta del juego de ajedrez en que has entrado? Y además, de Londres te darás un salto a París, cuando quieras, sin olvidar que los prejuicios franceses contra España han pasado a nuestras cabezas latinoamericanas, como si fuéramos responsables de ese eterno lío entre dos vecinos, el uno dicen que sabio y el otro desdeñado por inculto.

— Oh, gracias, gracias — y Claudio se atrevió a abrazar al maestro, a quien abrazaba sólo en su cumpleaños, cuando un grupo de sus alumnos (y Claudio coordinaba eso) lo invitaba a cenar fuera. Tan nervioso se sentía que luego pidió permiso y tardó algo en llamar a Rosa, para reunirse juntos e iniciar la hora del té, en el solemne comedor de tantos brillos y vitrinas.

Una vez juntos, Rosa oyó buena parte de los acuerdos, mirando especialmente a don Javier, hasta que por fin dijo:

— Perdóneme, señor. A usted se le ve fuerte como un roble, las canas le agracian, al menos eso pensamos las muchachas. ¿No le parece, pues, prematuro presumir su muerte? Usted tiene mucha tela que cortar, don.

— Es el mejor piropo que me haces, Rosa, y en verdad me veo feliz entre ustedes dos, que representan la juventud. Pero ustedes terminarán por descubrir, y ojalá pronto, cuán silencioso y extraño es el tiempo, que no está detrás de nosotros, sino delante, y además, tirando de nosotros. Estuve muchos años viajando, y ahora, que sólo preparo textos para libros y conferencias, siento que sí tengo unos meses y ojalá unos dos o tres años libres para organizar lo que publiqué y lo que sigue inédito, justamente esa tarea me facilita el reordenar incluso mis libros y saber lo que puedo donar a la Nacional, a *tu* Biblioteca, muchacha

— ¡Ah, si es así, sin peligro inminente de lo que sabemos, entonces está bien ...! —y los tres juntaron sus manos como aprobación

— Sin embargo, usted me va a permitir una cosa más, don Javier ...

— Adelante, dílo de una vez.

— Pues veo que el fichero general va muy lento y que no hay todavía computadoras ...

— El Banco me las ha prometido de aquí a una semana —dijo Claudio.

— Sé también que sólo hay una bibliotecaria (yo no digo bibliotecóloga, no presumo) y se necesitan al menos dos más.

— Ya hablé de ello con del Pino.

— Muy bien, doctor. Y ahora, algo más. ¿Podría hacer que Claudio ponga una marca en los estantes que ya pueden ser entregados a la Nacional, a fin de empezar la catalogación justamente por ese lado y no por otro?

— Bien, bien, hazme el favor de dirigir tú a las chicas que vengan. Tengo plena confianza en ti, lo que todavía no hay es plata ... —y todos soltaron la risa.

— Ya se sabe, estamos en Lima —dijo ella.

— Sí, pero habrá en el futuro. Estoy dispuesto a hipotecar la casona, digo, no, no teman, sólo *dispuesto*, pero sé que la municipalidad y otras instituciones pegarán el grito en el cielo por la buena ubicación de la casa, y entonces, con esa teoría de *amagar* las cosas, quizá podríamos obtener donaciones en vez de préstamos.

— Una especie de gambito de caballo —dijo Claudio.

— Entonces, me parece bien, y perdóneme, señor ... —y Rosa retiró tímidamente su pesada silla, se compuso el traje y enrumbó paso a paso hacia el maestro, hasta que lo abrazó y lo besó en la mejilla, entre exclamaciones de Claudio. Hasta que el maestro se puso en pie y devolvió la efusión y mandó servir el champagne.

Claudio tampoco cabía en sí de júbilo, o tal vez de pena y pesadumbre. Vio en el aire una sombra irreal, un bulto ciego, el mero nombre de su padre; ese desconocido lo había abandonado, y además, ni siquiera había formado un hogar con su madre, con ella, que al comienzo parecía tan buena. Luego de unos años de felicidad con Claudio, se había casado con un hombre viejo, terco y repudiable, y desde entonces Claudio, huérfano ya en su corazón, había encerrado su vida como quien cierra una puerta, aunque a veces se abrían grietas, resquicios, heridas sangrantes que él rápidamente debía suturar como los cirujanos. De todos los expertos, le gustaban los cirujanos, pues elegían el camino más corto y veloz, unos cortes y adiós, y el dolor fugaz no era dolor.

Vivir aquí y allá, hasta que, a sus quince años, en una excursión de estudiantes por el famoso Convento de Ocopa (lugar de obispos y sabios, pero del que se atrevían a reír la mayoría de sus discípulos, carajeando en la inmensa biblioteca, y señalando con el dedo las bóvedas pintadas con figuras de blancos, indios y negros del Perú, y los muchachos mofándose de cada "bruto" pintado), Claudio tuvo la suerte de dar con un maestro alto, blanco y bien vestido, y espléndidamente culto, quien guiaba a otro grupo de alumnos costeños que lo rodeaban con respeto. Claudio se apegó a ellos por una hora, oyó y atendió al extraño maestro que casi suspendía a sus alumnos en el aire y les robaba la atención, y esos muchachos y muchachas, quizá ya universitarios, sonreían, eso sí, a cada ironía de quien juzgaba la historia del país con frases duras y suaves a la vez, conduciendo con firmeza ese increíble desfile de aprendices de ciudadanos.

Acabó haciéndose amigo del grupo forastero, y saludó al maestro durante el suculento almuerzo conventual, y aventuró unas frases sobre Vienrich y otros investigadores, hasta que el hombre le pidió en voz alta que recitara algunos poemas quechuas traducidos por Vienrich. Feliz, Claudio se puso en pie y leyó en su cabeza fácilmente los versos en quechua y castellano, y además, otras canciones y leyendas, y aun repitió los pícaros estribillos que, una vez traducidos, hicieron reír a todos.

Ya de vuelta hacia Huancayo, viajó sentado junto al maestro, quien le pidió seguir conversando en el Hotel de Turistas, donde le invitó a tomar el té.

— Toma mi tarjeta, muchacho, para que cuando vayas a Lima me busques y conozcas mi biblioteca. Y ahora, dime una sola cosa. ¿Qué piensas de ese año curioso, de 1905, cuando Riva-Agüero, en Lima, y Vienrich en el pueblo de Tarma, publican casi a la vez dos libros que significan dos modos de ver la cultura peruana? ¿Tienes alguna opinión? ¿Sabes de lo que hablo?

— Frente a usted y a su ejemplo, doctor, alguna idea tendrá que salirme —empezó él—. Pienso que los dos amaban el país, Riva-Agüero como un joven historiador y líder intelectual, muy apegado a la cultura española, pero también al heroico espectáculo de una raza “nueva” para los historiadores, que no podía llamarse salvaje, y que ya había dado muestras de civilización admirables en economía, arte y arqueología, y aun en matemáticas; y frente a él vemos a Vienrich, un peruano-alemán que amaba nuestra tierra y se sabía leyendas y canciones en una lengua hermosa y rica, pero cuya gente ahora se sentía como destronada, culpable, eran señores venidos a menos, casi sirvientes de una gente ajena a nuestra tierra —la emoción lo vencía, tuvo que frenarse—. Perdón, doctor, y prosigo. No deseo, señor, enfrentar a uno contra el otro. Eso me dolería mucho, como si dos padres simbólicos estuvieran peleando frente a sus hijos, cuando las ideas de ambos deberíamos desenredarlas nosotros, por más difícil que sea convertir dos ojos en uno. Creo que en las discusiones debemos ser como la tierra, recibir todas las semillas, pero fructificar sólo unas cuantas.

El maestro sonreía frente a él, y luego le apretó una mano.

— Bien dicho, jovencito. Llámame por teléfono y dime cuándo vas a Lima; o escríbeme y dime qué libros te hacen falta. Y una cosa más, ¿no piensas mudarte a un colegio de allá?

Ahí había empezado la mañana grande, su buena suerte.

Tras el té con champagne, de vuelta a casa, Claudio dudó entre contarle a Rosa sobre la beca a Londres o esperar a que fuese una realidad. Mientras tanto, ella dijo que tenía una novedad que contarle.

— ¡Vaya contigo! ¿Y la tenías guardada?

— Es que me da pena en el fondo, o quizá me equivoque.

Y contó que ahora, mirando de cerca al maestro, recordaba que, de niña, en el Sophianum, don Javier, joven historiador y diplomático que volvía a Lima al cabo de años, había dictado una clase magistral de fin de año, a la cual las menores como ella no pudieron entrar. Lo llamaban un invitado de lujo, y las alumnas mayores añadían que don Javier iba a casarse con una joven que sin duda era la beldad que Rosa acababa de ver en una fotografía del salón, sí, sí, pero que no llegaron a hacerlo, porque ella murió muy joven y él empezó a apartarse de todos, como si fuera un viudo por vocación...

- ¿Y es viudo hasta ahora, verdad?
- Pues sí, pero yo no he oído que...
- O tal vez no sea cierto. La ciudad de Lima es muy chismosa. ¿Lo sabes, verdad?

Hasta que la noticia de la beca brotó, llegó a su pecho y del fondo volvió a salir de modo incontenible. No sólo don Javier se lo había dicho, oh no, él vio los papeles, los sellos, los números claros de fechas y plazos, y de las libras esterlinas que no sólo iba a ganar, sino quizá a ahorrar, pues Claudio se lo había prometido a sí mismo y él estaba seguro de cumplir.

Rosa también se alegró por teléfono, pero enseguida se le cortó la voz, y enlazó la noticia con el súbito descubrimiento de la enfermedad de su madre. El doctor Quesada, en quien ambas confiaban como en un padre, había dicho, lamento, Rosa, que tu madre no te haya contado, pero esto lo sabemos ella y yo hace meses, y ahora le hice la nueva biopsia y salió positiva, o sea que viene lo más difícil para mí, que soy amigo y médico. De ella depende si la opero o no; eso ya sale de la esfera de mi competencia.

Claudio tuvo que citarla en el Crem-Rica esa misma tarde, no podía ser mañana, sino hoy, día jueves. Pero ya el cambio se había operado en el rostro de Rosa, una noticia (o dos, con la de la madrina) y su tez era otra, pálida, inmóvil, bañada por algún viento extraño. Él llegó por primera vez con flores en la mano, y la beca en la cabeza, y despertó al punto *su* alegría incomparable, *su* sonrisa que lo alzaba en vilo desde la mesilla del café, pero enseguida ella pidió perdón, Claudio, disculpa, me alegro mucho por ti, pero fíjate la horrible coincidencia, mamita está condenada a ... qué mala suerte, qué hice yo para merecer esto, dímelo, Claudio, y vio la mueca del llanto, y era la segunda vez, algo que él jamás creyó que se dibujaría en ella.

Tuvieron que irse a otra mesa del fondo, y el llanto seguía, y el quejido de la primera muchacha amada le rompía el corazón. Pero Rosa tenía ánimo para todo: como si hubiese cumplido una necesidad, y que en todo fuese lógico un plazo, su llanto paró en seco, se fue al baño y volvió normalizada, y aun pidió disculpas y que por favor Claudio le contara de nuevo la misma noticia. Entonces dijo que lo felicitaba muchísimo, que él merecía eso, y que siguiera adelante con su carrera, pues ella siempre lo ayudaría "en cualquier condición que estuviese".

Si bien a él le sonó rara la frase, recordó que ahora lo más importante debía ser la salud de doña Consuelo. Entonces ella dijo que su madre saldría al día siguiente de la clínica.

— ¿Cómo, no van a operarla? —se extrañó

— El doctor Quesada dice que puede esperar en la casa. Y que ese horrible mal puede durar seis meses o dos años. O sea que podemos hablar con ella y decirle lo de tu beca. Ella también debe felicitarte —añadió, justo cuando él se preguntaba si su inminente viaje molestaría la paz de la familia, o si debía prometer ya el casarse con su hija a la vuelta, pues era absolutamente imposible hacerlo ahora.

Cuando llegaron a la clínica (justamente la del Malecón Balta, donde había fallecido la madrina, y donde asimismo Rosa tenía un seguro especial), la habitación de doña Consuelo era ya un salón social de tías con la puerta abierta, e incluso las mujeres ya sentadas por el pasadizo, en unas sillas extrañas y dispares. Pero todas, damas o señoritas, se callaron en cuanto Rosa le dio la noticia a su madre. Doña Consuelo inició los aplausos, que siguieron cuando ella abrazó al enamorado de Rosa y le ofreció la mejilla para un beso. Claudio deseó que ella hubiese sido su madre.

Pronto quedaron los tres solos, y cerrada la puerta, Rosa trepó a la cama, abrazó a su madre y se quedó muy quieta. Doña Consuelo hizo una seña a Claudio, a quien sólo le permitió decir unas frases sobre la beca y el próximo viaje, y lo citó para el día siguiente en la casona del Jirón de la Unión.

— ¿Cómo? —dijo—. ¿Va usted a salir?

Al otro día se complicaron más las cosas, pues Angélica le dijo por teléfono que no llamara a Rosa a la oficina, porque ella había pedido permiso en el trabajo y estaba muy ocupada en la calle. Y cuando insistió por detalles, Angélica añadió: el día es muy malo, señor Claudio, estamos aquí con un problemita interno, ojalá me entienda. Pero él no entendió.

La respuesta todavía le preocupó más, pero esa mañana estuvo como preso en manos y ojos de su jefe, quien, en una de sus lentas reacciones a dictar una conferencia, estaba inspirado, y tanto, que lo fatigó con el dictado y lo invitó a comer velozmente en el viejo y noble comedor, y enseguida volvieron al casi interminable discurso de orden. El jefe iba a publicar el ensayo completo, y por ello sólo un fragmento serviría para la conferencia.

Cuando se liberó esa tarde, Rosa lo llamó para decirle que lo esperaban, aunque iban a resolver primero un asunto interno de la casa. ¿O deseaba esperar hasta mañana? Oh no, dijo él muy ansioso, voy ahora mismo.

Cuando llegó, las voces de madre e hija se cruzaban como espadas, casi era un duelo del cual quiso huir, pero que ya no pudo.

— ¡Lo siento, Claudio, entra, entra, así nos conocerás mucho más! — exclamó la madre, como si no estuviese enferma—. Creo que estamos en un problema de ideas, y tú, que eres un intelectual, puedes entender estas cosas.

¿O sea que mi viaje, sin ser todavía novio oficial, ha creado un conflicto entre madre e hija?, pensó ¿Y qué diré yo? Ignoro las diferencias que haya entre ellas, siendo, como parecen, las dos católicas y de clase media

— Mamita, quizá podamos hablar otro día —pareció retroceder la hija—, no quisiera que, apenas salida de la clínica, te esfuerces en un tema como éste.

— Mi enfermedad nada tiene que ver con mi cabeza, muchacha —alzó la voz doña Consuelo—. No mezcles peras con camotes. El problema lo has creado tú.

¿Y ahora qué digo yo? Se supone que el enamorado apoya a su pareja. ¿Espero o pregunto de una vez por qué me han llamado?, pensó Claudio.

— Perdona, pero te equivocas, mamá —se atrevió Rosa—. Yo no tengo vela en este entierro. Sólo hablo de principios, no de casos concretos.

— ¡Pues sí que has entrado a tallar! —la señaló con el dedo a Rosa y eso molestó mucho a Claudio, que una enferma abusara de su posición y tratara así a una hija devota.

— ¡No te vayas, Claudio! —lo señaló con el dedo la madre—. Debes oír completo el punto de vista de tu enamorada.

— Perdóneme, señora. Le ruego excusarme. No puedo ... —iba a decir no puedo permitir que trate usted así a Rosa, pero ya sus piernas, contra su cabeza, empezaron a bajar las escaleras.

— ¡No te vayas, espéranos abajo, en el salón! —le pidió Rosa en otra orden que, en el fondo, hubiese querido desoir también, pero finalmente no quiso ser duro con las dos mujeres y bajó paso a paso, oyéndolo todo.

— ¡Mamita, me sorprendes! —se encrespó de modo admirable la voz de Rosa, que el día anterior desfallecía—. La decisión, primeramente, es de Luisa;

será pobre y jovencita, y me sirve bien en los detalles, pero ella ha decidido tener su hijo y se acabó; nosotras, como familia, no debemos intervenir en eso.

¡Hablaban de Luisa, la ayudanta de Angélica! ¿Y él había creído que lo hacían de algo más importante, del futuro de Rosa y del suyo? ¿Qué clase de prioridad era ésa? Se sintió avergonzado, pospuesto.

— ¡Calle usted, jovencita! —replicó la madre, molesta—. Tú no sabes cómo llegó a mí esa muchacha. Su madre sirvió años en esta casa y me atendía de perlas; sabía de todo, hasta escribir a máquina; y ella, ya enferma, me la entregó para que yo la aleccionara. Así, la puse en el colegio nocturno y la estoy preparando para mañana. No porque sea pobre vamos a privarle de ... En fin, la muchacha no puede tener ese hijo, se va a anular por completo. Lo digo sin aspavientos y sin deseos de discutir más contigo.

— Perdón, mamita, yo pienso distinto. No podemos recomendarle ese nuevo programa de salud. Es horrible, monstruoso, mamá.

— Sí, sabihonda, ¿y qué cosa es peor? ¿Anularla por completo, cortarle las alas tan temprano, para que siempre sea una lavandera y nada más? ¿Dónde están tus ideas del progreso? Por lo visto, en el Sophianum siguen más papistas que ...

— Mamita, óyeme. Yo no le he recomendado ningún programa porque no lo necesita. Cuando hay varios niveles de un problema, debemos mirar el principal. Para ella y para mí, es su hijo; pues bien, que nazca, y así piensa ella también, y se acabó. No veo adónde vaya esta discusión.

— Vamos, no te hagas la señorita correcta. Soy más vieja que tú y sin duda mejor católica. En principio, nada de abortos, estoy de acuerdo, pero yo he visto cómo sufren las muchachas pobres, no hay programas para la crianza, y tampoco tienen dinero a veces ni para la comida. ¿Y dónde estará el hombre, el padre, el culpable? Pues ni vendrá a verla. Así son las cosas. Tarde o temprano ella vivirá en una barriada inmundada. ¿Sabes lo que es eso?

— Perdona, mamita, pero interrumpir el embarazo ... En fin, ordena tú lo que sea, yo di mi opinión y nada más. Zanjemos el asunto.

Pero la madre no aceptó la sugerencia.

— Tú tratas el tema como un asunto personal. Oh no, el nivel social es muy importante, no le quites jamás a nadie la oportunidad del trabajo, es la única escalera por la cual va a subir. Alguna vez fuiste de la Acción Católica y ellos no entienden estas cosas; primero está el pecado, el pecado. ¡Váyanse a bañar todos!

— ¿O sea, mamita, que si yo estuviese en el mismo problema, tú me aconsejarías que yo ...?

— ¡Calla, tonta! Cada caso es distinto, individual, tú me tendrás siempre a mí, en cualquier circunstancia, pero la pobre chica ...—y de pronto arrancó a toser de tal modo que, hasta la criada Angélica, y hasta Luisa (la interesada ¿o sea que la pobre víctima había oído todo eso?), gritaban junto con Rosa, y ahora con Claudio, que de nuevo subió a trancos veloces, para llamar al médico.

Solamente el fin de semana pudo Claudio participar a doña Consuelo su inminente viaje a Londres, subrayando, eso sí, muy claro, que su amor se acrecentaría por el viaje y que podía adelantar que, a su vuelta, le pediría oficialmente la mano y se casarían.

Doña Consuelo le oyó muy tranquila en su sillón de enferma, y Rosa estaba a su lado, en un sillón pequeño, pero del mismo estilo de curvas y redondeces que el otro.

— Bueno, lamento decirte, Claudio, que las cosas no son iguales entre hombres y mujeres. Si el enamorado se ausenta y no hay nada oficial de plazos y fechas entre ellos, entonces el vínculo cesa y no hay siquiera cartas de por medio. Puedes preguntar en cualquier casa limeña, ésa es la costumbre.

La dama, al revés de otras veces, estaba perfectamente tranquila y al parecer había resuelto de antemano el nuevo caso, talvez de acuerdo con Rosa, quien asimismo parecía tranquila y calmada como nunca.

— Señora, si yo supiera cuándo exactamente voy a volver, podría señalar un plazo. La beca es por un año, pero mi mentor y amigo don Javier, a quien sé que usted conoce, me recomienda quedarme dos años. Así podré graduarme aquí más pronto.

— ¿Dos años? —subrayó doña Consuelo— ¿Y tú lo sabías, Rosa?

— La verdad, no, mamá

— Bueno, es una la posibilidad, señora. Lo fijo es un año, y no creo que en tan corto plazo cambien nuestros sentimientos, ¿verdad?

— No se trata de sentimientos, *jovencito* —sólo la palabreja empezó a decirle a Claudio que el ánimo se había agriado—. Se trata de compromisos o de la falta de ellos. Nosotras creemos —dijo, en nombre de su hija—, que un simple enamorado no puede esperar que la muchacha siga pensando en él y le impida la ocasión de que nazca otro vínculo, quizá más favorable con otra persona. La muchacha debe quedar en completa libertad e igualdad para hombres y mujeres.

— Por supuesto, señora. Libertad total, y cuando se ama, compromiso total.

— ¿Y entonces, estás en condición de fijar algún compromiso, y basado en qué hechos, por favor?

— Señora, el amor esta por encima de ... Yo estoy segurísimo de no cambiar un ápice mi amor por ...

— No, hijo, las cosas no son tan fáciles como una declamación escolar, te falta aprender mucho de la sociedad...

Iba a replicar y enfrascarse en una discusión de principios, pero recordó la anterior disputa entre madre e hija, donde doña Consuelo había tomado ventajas, y prefirió callar de un modo vergonzoso. Y lo peor fue que la madre ordenó que se despidieran los enamorados, en una ceremonia, oh no, en un espectáculo ridículo y desabrido en que él y Rosa parecían colegiales y no jóvenes mandados por su corazón. Pensó en que la madre usurpaba una especie de mando de ricachón o de militar que él no podía resistir. Optó por mirar casi sin ver a esas dos mujeres tan distintas y se echó a la calle con tal tristeza que casi se cae por la escalera.

Por la noche le fue imposible dormir. De rato en rato, fuera de sí, llamaba en voz alta a Rosa e incluso golpeó la pared con tal fuerza que la dueña de pensión gritó y lo llenó de pavor. Así, miedoso de que lo echaran también de ahí, quedó tieso y desdichado, hasta que la luz de la mañana lo recogió con su bondad. Desesperado, corrió a casa de don Javier y tuvo que esperar largamente a que la criada abriera la puerta (de noche le ponían cerrojo) para entrar en ese único sitio benigno para él.

Inquieto e insomne, sólo esperó ver a don Javier para contarle su desdicha. El hombre sereno oyó su desesperación y quedó largo rato en silencio. Luego, oyéndole su discípulo, tomó sucesivamente dos posiciones distintas y se preguntó cuál seguiría él, y cuál Claudio. Confundido, o mejor, perdido en su cabeza, éste sólo atinó a oír la magia de las palabras, tan seductoras e inútiles.

Don Javier ordenó que le dieran el desayuno y pasó al baño. Cuando Claudio fue a buscarlo, la criada dijo que lo había visto salir. A las dos horas volvió y llamó a Claudio.

— He visitado a esa señora. Menos mal que yo la conocía. Según parece, creyó que eras un huérfano completo, y que tú trabajabas ocasionalmente para mí, y nada más. Le he dicho que eres como un hijo para mí, pero eso no ha bastado. No sé de dónde cree ella que una muchacha no puede esperar a quien no le ha prometido matrimonio inminente, porque las circunstancias se lo impiden. Dice que habla siguiendo una supuesta costumbre limeña. Quizá esté tan enferma que ansíe casar a su hija lo más pronto posible, pues dijo tener cáncer. En cierto modo, me dio pena, y además la hija parece seguir en todo la cuerda de su madre, para no contradecirle y agravar su mal. Lo siento mucho, Claudio. Debes viajar cuanto antes; si la amas, seguirás amándola, nada te lo impedirá, y apenas tengas listos los papeles de la renovación del plazo, es decir, de aquí a un año, me los mandas, a ver si nos sirve de algo ante esta señora.

El día de la partida, don Javier lo llevó al aeropuerto en su viejo Chevrolet. Claudio no sólo se despedía de un hombre bueno y de una ciudad que empezaba a querer (al extremo de que no deseaba desprenderse), sino que partía hacia Londres, otra ciudad asimismo desconocida.

Vuelto al cabo de dos largos años, la ansiedad de Claudio por reanudar al vínculo con Rosa fue más importante que contar sus numerosas y edificantes vivencias de Londres y de buena parte de Europa. Y apenas la saludó, entusiasmado, supo de detalles de la temida mudanza y de la gravedad de doña Consuelo; pues ahí se fue con regalos y con la promesa de ayudarla en lo que fuese. Así, en el mismo día de su llegada, se puso a ayudar en la fatigosa tarea de dismantelar paredes, muebles y recuerdos, junto a Rosa, quien casi le contaba la "vida" de los trastos desechados o elegidos para alguna resurrección. De rato en rato, la familia y las muchachas de casa subían a la azotea, a tomarse una limonada.

— ¡A ver, déme un asiento en este techo para gatos! ¿A quién se le ocurre? ¡Ni que alguna vez hayamos pertenecido a las clases bajas! —Josefa empujó y se ganó un sito en la azotea, fumando y maldiciendo.

— Es que estamos en plena mudanza ¿no entiendes? —dijo Rosa—. ¡Y el piso del comedor está encerado! ¿Quieres caerte ahí adentro?

Apenas se había sentado, y ahora ya estaba de pie: — Bueno, Rosa, te voy a hablar, pese a que no has ido a saludarme. Soy señora y soy mayor que tú, razones de más para que lo hicieras.

— Oh, Josefa, vamos al grano. Por algo has venido. No finjas que te interesa la salud de mamá. Vamos, al grano.

— ¡Qué modales, Dios mío! ¡Mundo al revés, las últimas se creen las primeras! —ahora Josefa bebía una limonada—. Bueno, al grano de una vez. Yo digo que a mí me toca buena parte de los cuadros pintados por papito y también de la platería. Además, hay que vender el piano y los muebles, sobre todo el comedor, con esa mesa tan grande que podría servir para un club, un casino, o una gran casona ...

— Pues tendré que refrescarte la memoria. Tú, al casarte la primera vez, recibiste una buena dote y aquí tengo el documento que firmó papá y que está dedicado a todos sus hijos. Y yo hablo también por Maruja, que me ha autorizado por este cablegrama que aquí tienes. Ella llegará hoy o mañana. Y si dices que no viste el documento, pues aquí tienes una fotostática y se acabó.

Josefa casi le arranca el papel, pero Rosa lo evitó.

— ¿Maruja aquí? ¿Y a qué viene esa advenediza? Siempre se la pasó en San Francisco, lejos, y sin ocuparse de mamita ni de ustedes. Y dice que tiene un marido joyero, a lo mejor ese italiano está metido en ...

— ¿Y qué me dices de Fernando? Él está aquí y defiende sus derechos. ¡Pregúntale! ¡Fernando, Josefa quiere oír cuál es tu posición! Díselo.

— Bueno —dudó Fernando, en camisa y corbata, bebiendo una cerveza—. Maruja me llamó por teléfono y me ha pedido que vote junto con ella, y ambos creemos que ahora, si Dios se lleva a mamá, la dueña de casa es Rosita y sólo ella tiene el primer derecho a las cosas.

— ¿Y le dices Rosita? ¿Y te echas a sus pies? ¡Si siempre has estado en pindinga con ella!

— Eso fue antes —dijo Fernando—. Ahora Rosita me ha ayudado a trasladar la Fotografía y hemos llevado el archivo de papá a la Biblioteca Nacional. Ahora puedo abrir afuera un taller propio y de buen tamaño.

Desde abajo, llegó el rumor de que habían llegado los camiones y que primero se llevarían el comedor y la sala.

— ¡Y adónde, adónde, de eso no hemos hablado! ¿Y por qué tan rápido? —gritó, se sentó y se levantó Josefa.

— No te hagas la tonta —gritó al fin Rosa—. Sabes bien que la Beneficencia Pública nos pide urgente la casa, porque sólo la hemos tenido *alquilada*, entiende, nunca fue nuestra...

Josefa empezó a gimotear, o quizá a fingir que gimoteaba.

— Pero papito me dijo a mí que era nuestra ...

— ¡Dale con la mula al trigo!

— ¿Y adónde se llevan los muebles?

— A un depósito contratado por Maruja. Cuando ella llegue, dispondrá de acuerdo conmigo.

— ¿Qué te parece? ¡Esto es una conspiración! Todo lo tenían arreglado, y yo en Lima, y nadie me avisó de lo grave que estaba mamita. Y después dicen que la quieren ... —renegó Josefa.

— ¡Los camiones, señora, los camiones! —gritó Angélica desde abajo.

— O sea que así se acaba una casa, una Beneficencia insensible y unos hijos ambiciosos que olvidan a ...!

— Bueno, de una vez, zanjemos contigo, Josefa —dijo Rosa—. Si quieres, llévate los duplicados de los héroes militares, pintados por papá. No son copias, son duplicados hechos y firmados por él mismo. ¡Ahí los tienes, contra la pared!

— Y yo para qué quiero esas pinturas de viejos héroes peruanos, o de Bolívar o San Martín ... Yo vivo en Chile, ¿crees que allá van a mirarme la cara si yo llevo eso ...?

— Pues perdiste, mujer, y se acabó.

Sonó el timbre una y otra vez. Los camioneros estaban impacientes.

— ¡No, señora! —gritó Angélica—. No hemos tocado nosotros. ¡Es la señora Maruja, que llegó con sus maletas!

— ¡Maruja, ésa sí que es mi hermana! —dijo Rosa, y abriendo los brazos, de algún modo como una paloma, descendió velozmente por las escaleras, a recibir a la que se parecía tanto a sí misma.

— Yo bajaré —dijo Claudio, y de pocos saltos devoró la escalera—. No, no suban sus maletas. De una vez las llevaremos al nuevo departamento que he conseguido.

Maruja subió entre gritos y aun aplausos. Todos la querían. Y tras fingir el llanto, Josefa se retiró.

Claudio y Rosa, en trajes de faena, sólo oían el pesado silencio que envolvía el amplio dormitorio con dos camas grandes y metálicas, la una, lisa, donde Rosa y Claudio se sentaron, y al frente, más grande aún, la de la moribunda, cuya voz no había oído más Claudio, desde su lejana partida hacía dos años. Algo maligno había en ese rincón misterioso, donde la propia luz se enredaba en la mullida frazada beige, de alpaca, que Claudio hubiese querido tener en Europa, para protegerse del frío que a él le molestaba siempre desde niño. Trató de no pensar en su propia madre, pero no hizo sino mirar el rostro apesadumbrado de Rosa, el ceño fruncido como nunca, la boca que buscaba llorar o vomitar. Claudio la abrazó y de algún modo escondió ese rostro (feo sólo fugazmente, menos mal) en su pecho. Más allá, la enferma estaba conectada al suero y a los balones de oxígeno, era difícil decir que seguía viva,

pero la enfermera, de pie, miraba aquí y allá, controlando las vías. Él lamentaba no haber hecho las paces oportunamente con doña Consuelo, pero en un instante creyó que podía entrar en ella con su pensamiento y decirle cuánto lo sentía. Aunque, luego del esfuerzo, quedó tan agobiado que dejó a Rosa, salió y se metió en la cocina, donde Angélica y Luisa —espléndidas muchachas— se habían contagiado tanto del espíritu adolorido de la casa de su ama (y de su mimada amita joven, Rosa), que sólo se atrevían a andar y hablar en voz baja, preparando las grandes ollas del almuerzo.

— ¿Vendrá Fernando a almorzar? —preguntó, pues necesitaba conocer más al que sería su cuñado.

— Casi siempre sube a esta hora —dijo Angélica en voz baja, y entonces se oyó un grito desgarrado, una lanza que rompiera la carne y el aire, y preguntara qué somos, tosiera y escupiera a la vez. Corrió al dormitorio. Rosa se inclinaba sobre su madre, y un segundo después, levantaba los brazos cruzando en aspas el aire, en todas direcciones.

Muchas veces los ausentes, en sus contados actos, ayudan tanto que es como si fuesen los cimientos de una casa, los benefactores de verdad. Así, don Javier, a quien se vio poco en el velorio y asimismo poco en el funeral, fue la persona que en dos o tres días resolvió muchos problemas pendientes de la familia. Habló con los directivos de la Beneficencia para que no se desmantelara la casa, sino después de una semana; fue él quien concluyó las gestiones de Rosa con su propia Biblioteca Nacional, a fin de firmar papeles de la donación de la antigua máquina de planchas de cristal, así como la gran colección fotográfica de su padre; fue él quien sugirió llevarse el piano a su casona, hasta que Rosa y Claudio hallaran donde ponerlo; fue él quien, mediante sus numerosos amigos en la ciudad, se conectó con algunos corredores de bienes que al fin habían aparecido en Lima, ordenando el negocio, a fin de hallar un pequeño y cómodo departamento frente al mar y al parque Raimondi, en Miraflores, y todavía con un pequeño balcón y una mesa y sillas, desde donde Claudio contemplaría al gigante del otro mundo, al cual los limeños parecían haber olvidado por siglos. Y hasta ayudó en la mudanza, sugiriendo embalar muebles y cuadros para almacenarlos en un moderno depósito. Eso sí, en cuanto a libros, aconsejó sobre estanterías y divisiones por temas del material. Y por supuesto que, asimismo, Maruja les ayudó con actos e ideas, y hasta compartiendo con las criadas el peso de los bultos. Cuando por fin se sentaron todos juntos, a tomar una limonada, y cuando la nueva parejita creyó haber concluido los trabajos, Maruja, rompiendo el feliz silencio general, preguntó ingenuamente:

— Bueno, y díganme ustedes, tortolitos, ¿cuándo van a casarse?

La risa fue general, desde la dominante de don Javier hasta la tímida de las criadas.

— ¿Dónde están, Rosa, tus convicciones? —Claudio fingió escandalizarse—. ¿Acaso eres una novia moderna? ¿Te bastará con ser mi “compañera” y nada más?

— No te hagas el vivo —sonrió ella—. Sólo entrarás a mi dormitorio después de la ceremonia. Por si acaso, en el nuevo departamento, no hay un cuarto digno para ti. Maruja dormirá conmigo hasta que ...

Con la respuesta, fue como si pasaran de una época histórica a otra.

Curiosamente, tras la segunda muerte, la de doña Consuelo, y tras la aparatosa mudanza que disolvió la familia y la arrancó definitivamente del centro, Claudio, en cuestión de semanas, de ex becario se transformó en novio quizá "provisional", visitando y arreglando diariamente el nuevo departamento, alquilado por él y por Rosa, pero de hecho sólo compartido por Rosa y Maruja, hasta que ésta volviera a San Francisco, y la pareja de tórtolos se casara.

¿Por qué, pues, no se casaban de una vez y echaban fuera a la simpática cuñadita? ¿Qué inconveniente había? Ahora Rosa estaba de veras libre, sí, huérfana y con la extraña dote de un piano, de muebles nobles, de pinturas históricas y de archivos fotográficos, pero sola y libre en su intimidad. ¿Qué esperaban inútilmente?

Claudio dudaba un día y otro no. Así como dos años antes doña Consuelo tenía las decisiones en el puño, así ahora él podía fijar la fecha a voluntad. Pero algo había en él que dilatada adrede las cosas, los trámites, pese a que en un arreglo amistoso y risueño, las tres personas directamente interesadas habían acordado que, mientras Rosa volviera a trabajar normalmente en la Biblioteca Nacional (luego de perdonarle sus numerosas faltas de asistencia), Maruja y Claudio se encargarían de los trámites tanto religiosos (en la parroquia), como civiles (en la municipalidad del distrito), incluyendo las invitaciones a un pequeño número de amigos, por respeto al duelo.

Nada ya faltaba; y sin embargo, Claudio sentía que, en el fondo, lo más importante para él y para las leyes del país era la boda civil, sin la cual la otra no sería válida. Él podía jugar, pues, esa mejor carta cuanto quisiera.

De modo extraño, pero innegable, del fondo de su corazón brotó aquella antigua noche que creyó olvidada, y renació la misma cólera, el mismo resentimiento, la inmensa decepción que sintiera antes del viaje a Londres, cuando doña Consuelo —y con la increíble aceptación de Rosa, la noviecita delicada—, lo trató como a un don nadie, le negó su condición de enamorado de su hija (que para la madre no significó nada), y menos aún de "novio" con alguna lejana posibilidad, como si él fuera algún apestado en la escala social creada por la fantasía de esa dama, ahora felizmente muerta. Sí, no podía engañarse, a Claudio le complacía esa muerte, pues la dama vanidosa y aun chiflada en su petulancia había sido barrida por el camino. Sí, él podía decirse aquí, en la intimidad del cuarto de pensión que seguía ocupando, que estaba muy contento por ese bulto menos.

Pero, enseguida, había otro punto por dilucidar. Tenía en el bolsillo la solicitud firmada por Rosa y por él, y dirigida al alcalde municipal, a fin de gestionar fecha y señalar testigos para la boda, y aun cumplir con el examen médico, elemental para los novios. ¿Por qué no había tramitado el documento?

Por primera vez en su vida, sentía que él, por fin (su ofuscación era tal que pensaba en el apoyo irrestricto de don Javier), tenía a la huérfana y a su hermana sometidas a su voluntad. La antigua muchacha, la novia solitaria de hoy, no contaba ya con la protección de la mujer vanidosa y fatua; Rosa no se le opondría. A ese extremo habían cambiado las cosas. En vez de sufrir, golpeó ahora las paredes de la pensión con decisión y desafío, ya no con el llanto de ayer.

Por un instante se celebró a sí mismo. Por no ser ya el adolescente expósito, merced al doble trabajo de que gozaba en la universidad y en casa de don Javier; muy bien podría casarse o no, no había ninguna necesidad de hacerlo, y de ningún modo se sentiría infeliz de no hacerlo. Vivió dentro de sí una celebración egoísta, intensa, aun corrosiva, pero ya no abominable, como lo hubiese supuesto antes, con sus viejos principios.

Se había transformado, pues, en alguien duro, fuerte y frío, capaz de emitir órdenes de mando, no deseos ni consejos. ¿A quién se parecía hoy? De ningún modo a doña Consuelo y a sus órdenes sonrientes pero crueles, sino a alguien más feroz, más repudiable, quizá al mismo nivel de la feísima Josefa, ese eslabón perdido, ese monstruo de envidia, resentimiento y degradación moral. Josefa, el ser más horrible y más extraño a todo lo que él había sido antes, en sus sueños de honradez, trabajo y honor, sí, Josefa lo guiaba.

Aquel siniestro descubrimiento de lo que había llegado a ser duró, menos mal, sólo unos minutos. Fue como una fiebre, una ráfaga sólo posible en él, pero no definitiva. Seguía teniendo el control de sus pensamientos. Menos mal que al anochecer vio a Rosa, su ingenuidad, su permanencia grata y adorable. ¡Qué contraste entre el mundo de los angélicos y el de la caída en los abismos!

Al volver a su habitación, hacia la medianoche, descubrió algunas señales de esa alternancia entre los pensamientos y sus actos de hombre. Había dejado una silla volcada, una camisa abierta creando, sola, el desorden. Fue como si también su habitación de solitario, pobretón e infeliz, necesitara del amor y de la dignidad de Rosa.

Sí, quizá Lima era una naranja pálida con dos mitades diferentes, pero lo sería de día, pues en verdad de noche podía ser tan negra y bulliciosa como un tubo de escape. Menos mal que lo acompañaba don Javier, y que justamente él buscara, de modo inocente, ese espectáculo de la impensada noche limeña.

Don Javier había sido invitado por sus antiguos colegas a una reunión y conferencia en la Cancillería. El bello patio de Torre Tagle se convirtió en una platea inusual, bajo un toldo protector, y las viejas y grandes sillas de madera noble, se dispusieron en un corro más o menos íntimo. La noche fresca daba su aire grato. En la gran mesa ceremonial, cubierta de tela granate, los platones de plata, asimismo habituales, en esas fechas de conmemoración, preparaban el ambiente entre profesional y familiar.

— La mayoría somos jubilados, y a otros les falta uno o dos años — susurró don Javier—. Y los jóvenes son hijos o parientes de los titulares.

Una noche tranquila, más o menos rutinaria para don Javier, y Claudio estaba ahí como discípulo y acompañante, pues casi nadie acostumbraba a salir solo al centro de la ciudad.

Claudio estaba dispuesto a no hallar nada negativo, pero empezó la ceremonia, y se le ocurrió que las presentaciones y discursos, y las vacilaciones de los oradores, y las faltas de dicción molestaban tanto su cabeza, al extremo de que inclusive creyó que don Javier las comentaba en voz baja. Parecía que en un sitio tan hermoso la gente, por oponerse gratuitamente, hablara mal, pero en cuanto Claudio repitió sus críticas, don Javier, en cambio, benévolo y paciente, quedó en absoluto silencio, y así Claudio debió imitarlo. ¿Qué le pasaba, ahora también lo envolvía la envidia?

Por fin, don Javier recibió su bello plato con inscripciones, y luego se inició el cóctel en pleno patio iluminado. Don Javier le presentó a las principales autoridades del Ministerio, a quienes trataba con gran familiaridad; todos le dedicaron algunos minutos a Claudio, preguntando por su labor junto a su jefe. Media hora después, éste le hizo una seña y pronto salieron cuando ya desaparecían los flamantes, rápidos y ruidosos coches diplomáticos. Don Javier había dejado a media cuadra su modesto Chevrolet.

— A ver si podemos ver un poco de la Plaza de Armas o de la avenida Tacna, hace mucho que no vengo por acá —dijo, con absoluta inocencia, su jefe, y así él, a su lado, se dispuso a contemplar ese desfile de casonas viejas, reacondicionadas de mil modos, en medio de un tránsito cada vez más difícil y opresivo, por unas calles tan estrechas como siempre.

— Tal vez podamos torcer a la derecha —murmuró don Javier—; no, oh no. ¿Y podemos a la izquierda? Pues tampoco, pero parecía ... Pues bien, iremos por el Santuario de Santa Rosa y por Tacna.

Pero finalmente sólo debió seguir, sin torcer a ningún lado, y así ellos se vieron rumbo a la plaza Castilla, el peor rumbo de la noche, por donde los omnibuses, en vez de correr, prácticamente se inmovilizaban, pero, eso sí, luchando todos por avanzar. El ruido, la hora y el lamentable tránsito empezaba a desesperar incluso a don Javier.

De pronto, alguien abrió la puerta trasera y se metió de golpe, se sentó, sacudiendo el coche, y llamando a otros a que lo abordaran. Claudio gritó, don Javier se detuvo y se negó a avanzar, a menos que el hombre gordo y forzudo descendiera, pero éste seguía llamando a la que parecía su familia, instándola a subir.

— ¿Cómo, no es taxi? ¿Y qué quiere que haga? ¡Tenemos que salir de aquí!

— ¡No, señor, no lo es! —gritó don Javier—. ¿No ve usted la placa, el color, no ve que no tengo el símbolo?

— ¡Uy, señorcito, llévenos aunque sea a Alfonso Ugarte! —pidió y entró la mujer, con el pequeño en brazos, pero al que soltó y puso de pie, sobre el asiento.

— ¿Qué pasa? ¿No ven? —gritó Claudio—. ¡Bájense, éste no es un taxi!

— ¿Qué clase de hombre es usted? —gritó el gordo hacia don Javier—. ¡No hay un solo taxi! ¡Pues bien, ayúdenos a salir a Alfonso Ugarte, son dos cuadrillas y a la izquierda! ¿Sabe lo que nos ha pasado? ¡El taxista nos engañó y nos dejó botados, dijo que conocía la calle, pero era otra..!

— ¿Qué hacemos, don Javier?

— Pues está bien, señora, los llevaremos —accedió don Javier— pero dígame por dónde, no conozco estas calles.

Así, quizá en otro viaje añadido, diferente, con las ventanas abiertas y cada cual ayudando y gritando lo que podía, trataron de acercarse adonde decía el hombre que estaba Alfonso Ugarte, pero la oscuridad anormal de la calle y el escaso avance, en doble columna, de vehículos casi frustraba el esfuerzo. Hasta que el hombre gordo divisó la avenida con un grito, dijo que los dejaran en la esquina, que ellos caminarían el resto, porque enfrente de la otra esquina estaba la clínica donde se curaba su hijo. ¡Ellos iban ahí, por eso era su afán, y que si tanto los molestaban ahí tenían diez soles, si algo debían! —y Claudio buscó atrapar el billete para arrojarlo de vuelta, pero no dio con él.

- ¿Y ahora cómo salgo de aquí? —gritó don Javier.
- ¡Siga una de frente y luego tuerza! —gritó el gordo.
- ¡Qué te parece, Claudio! ¡Yo de taxista!
- ¡Y el chico dejó algo atrás, quizá una gorra!
- ¡Pues guárdala de recuerdo!

Tras una pausa, en que sólo se concentraron en sacar el coche hacia lo que suponían era la civilización, una vez ya en la avenida Alfonso Ugarte, despreocupados de si avanzarían rápido o no, pues ya estaban en un sitio conocido, cada cual guardó silencio. Sin duda, don Javier admitía avergonzado lo poco que, en tantísimos años, conocía de Lima, mientras que Claudio pensaba en cómo las emociones, sobre todo, el miedo y la cólera, cambiaban esencialmente las cosas, además de cambiar a la persona por dentro; un momento de miedo o de exasperación, y la persona que fue dejó de ser, cambiada por otra más primitiva y quizá brutal. Hasta el derecho a la propiedad y la amenaza a ella, habían ocurrido en ese asalto disminuido por las circunstancias. Un hecho casual y sin grandes consecuencias, sin embargo, llevaba a suponer cómo se sentirían los hombres que necesitan espacio, propiedad, movilidad, y luz moderna, no ese adefesio de las bombillas. ¿Qué clase de ciudad era ésa? Y los ingenuos como Claudio, o inclusive Rosa, suponían que Lima se estaba cayendo a pedazos, cuando ésta, así fuese en las sombras, molestaba justamente por su brutalidad viva y continua.

Luego de tales sucesos, vividos como si fuesen acabados, únicos, como si no fuesen sólo preparatorios de algo que ignoraban aún, Claudio y Rosa, una vez públicamente casados y con el viaje de luna de miel a Paracas cumplido y satisfecho, y con la hermana Maruja ya lejos, de vuelta a San Francisco, empezaron a acercar su amor a sus propios cuerpos, la piel en competencia con los labios, los dos neófitos se descubrían y reconocían que cada cual era una tienda para vivir y proteger al otro, conocieron el sueño mutuo, la ciudad ferozmente ajena, la noche que insistía en dividirlos, y por fin la mañana en que intercambiaban sus ojos, no sólo sus miradas.

Vivían en lo que parecía una isla, o una nube, o un barrio pequeño, pero ya inserto en la nueva época, y ahí, mientras la gran ciudad sufría brotes de salvajismo a fines del siglo XX, ellos resistieron porque estaban juntos, porque, apenas libres del trabajo oficial, volvían a trabajar gratuitamente para sí mismos, y porque esa vida compartida duraba y crecía, si bien sólo eran tres personas con Angélica (y don Javier, la sombra benigna), aunque a veces llegara de vacaciones, de México, la nueva sobrina benigna, Karla, hija de Maruja, y por ello heredera de las suaves y calidas virtudes de esa hermana, y entonces ellos invitaban a un pequeño grupo de amigos que iban cultivando, pero cuya selección no tenía que ver con sus deseos, sino quizá con el tiempo, con la época.

En un plazo debido, Rosa, arrepentida, aprovechó otra consulta médica para preguntar con algún temblor en la voz, pero con la sonrisa viva de siempre, y así el médico ordenó pruebas, análisis, y luego dijo algo que a Rosa no le gustó, pero que ella, con el mismo temblor, transmitió enseguida a Claudio, y él finalmente abrazó a Rosa, la miró en sus ojos claros, verdipardos, y dijo que no importaba, que no se había casado solamente para tener hijos, sino que la felicidad proseguía.

De vez en cuando aprovechaban algún viaje que don Javier no podía cumplir, y entonces Claudio aceptaba la responsabilidad, y Rosa ya estaba lista a acompañarlo. Así, merced a los viajes, conocieron la época en que vivían, las voces extranjeras que se repetían en el mundo, y paseaban por calles y mares nuevos.

En una de esas salidas, Claudio la llevó a Londres y le hizo ver la ciudad de su juventud, el tráfico al revés, un laberinto imaginario en la calle, la tristeza de la comida y de los modales, el vocerío de los *pubs*, adonde la gente muda entraba para oírse hablar, y luego todos incluso gritaban y quizá las mujeres enseñaban a abrazar a los hombres. Al seguir a París, en el Sacre-Coeur, Rosa vio el modelo de su colegio limeño, y ya no le gustó esa sumisión a las normas, el olvido de la ciencia y de las lenguas, ese gran error que ella llevaba consigo. Y con la variada suerte de sus nuevos viajes, recogieron algunas escenas y voces felices de Lisboa, de las paredes nocturnas y amarillas de Munich, de la simetría musical de Viena, de los paisajes y ruinas de Italia, madre de la luz, de los mares pequeños y exquisitos de Europa, y de las numerosas preguntas que brotaban de España, aquel ceño fruncido que, de pronto, estalla y ríe, canta o maldice.

— Pues bien, tanto viajecito y todavía te falta conocer tu patria —dijo Claudio a Rosa—. Ahora, limeñita, conocerás el Cuzco.

Fue la única vez en que Rosa pidió perdón por quedarse tumbada en el hotel, hasta que pasaron a otro y le hizo bien el oxígeno de la nueva habitación refrigerada, y salieron a las calles de tejados rojos, piedra y adobes, con unos indios descalzos, cargando bultos en las espaldas como si fueran acémilas, y los perros chuscos cruzándoles por las piernas, y ella buscando bancos, poyos o piedras donde sentarse, y mirar bien una plaza, un templo, una mole grandiosa, una calle que era una culebra por donde los objetos modernos (un automóvil, un camión) hacían el ridículo. "¡Madre mía!", exclamaba ella y penetraba en las iglesias y palacios mestizos, que sólo en parte eran de su fe, más allá de la cual veía una sombra altiva, silenciosa, en espera de algún signo que ella no podía aún desentrañar.

Pero también la piedra, el aire enrarecido daban una base real para entender lo de más allá, digamos, el éxodo de tanto campesino pobre a Lima, el paso del vergel al desierto, para fundar barriadas sin agua ni luz sobre una tierra estéril y salvaje en sus privaciones. Una emigración increíble, antinatural, empujada por el hambre que ciega la mente. Las calles del Cuzco, con ser majestuosas, eran al mismo tiempo el escenario parcial de una vida primitiva. Y esas imágenes no eran ajenas a Rosa, las había visto en numerosos libros de viajeros, dibujantes y pintores. Y el propio Claudio las conocía tanto que, según ella (ahora lo sabía), sólo por amor, había soportado los juicios frívolos de una jovencita limeña.

¡Oh, sí! Cautó, silencioso, Claudio, con la ironía en las comisuras, se había abstenido de rebatir los prejuicios de ella contra la mayoría de pobres y sucios, sin darse cuenta de que esa injusticia se transformaba en vergüenza para todos, inclusive los capitalinos.

Por fin, ella comprendió además la sonrisa benigna de don Javier sobre las ciudades peruanas, sobre las instituciones, cuya marcha mostrenca él sabía al dedillo, y ella se equivocaba, suponiendo que la orgullosa Biblioteca hacía bien en esto y aquello, cuando quizá el feo edificio merecía el asedio de los marginados: adentro se atesoraban libros clásicos, sí, pero poco referentes a la vida diaria, de la calle, ni menos entendían su lengua de pobres, no de ricos. ¡Cuánto debía aprender de don Javier y de Claudio! Pero lo curioso fue que ellos, tan generosos, no tenían tiempo para oír disculpas.

Con ese nuevo ánimo, Rosa trabajó mejor en su oficina, atendió con más interés a los lectores, buscó aprender de las fuentes orales, así fuese en transcripciones provisionales; en fin, guió mejor a los investigadores que visitaban cada vez más su sector.

De vuelta a casa, ellos giraban en torno a Angélica, quien acompañaba a Rosa casi desde la niñez, pero que sólo había llegado al quinto de primaria. Rosa trató de enviarla al colegio vespertino, pero algo había de natural y retrógrado en las costumbres de Angélica, que a ésta le disgustó la secundaria y poco a poco, con su molicie, venció a Rosa, si bien, dentro de la cocina, se comportaba como una profesional. A veces, Rosa recordaba a Luisa, la otra muchacha que, en sus últimos meses de embarazo, cuando doña Consuelo, extrañamente, le había dado "permiso" para abortar, ella no lo hizo, si bien, en el maremágnum de la gran mudanza, se había perdido como muchas huérfanas y embarazadas en la ciudad.

Por las noches, lástima, a Rosa también le guiaba el cansancio, el cuerpo sentado y necesitado de paz. Saber que no tendría hijos no acababa de sorprenderla, y así, de modo casi inconsciente, dejó de visitar a algunas

amigas que sí tenían hijos pequeños. Su cuerpo no tenía la fortaleza de Claudio, quien sí pasaba rápidamente de una actividad a otra; de pronto veía la televisión con ella, o leía y anotaba libros, para luego encerrarse en el escritorio, dándole o no a la computadora. Afuera, Rosa tocaba su colección de clásicos y él decía por turno que aumentara o bajara la voz. Sólo una vez por semana, Rosa vencía las peligrosas noches y demoraba al bañarse para abrir mejor sus bellos ojos y oír las novedades que traían sus amigos. O si no, llegaban corriendo los últimos al cinema, cuando los locales eran grandes y refrigerados, y los actores hablaban como en templos de segunda clase.

¿Era ésa la rutina o la felicidad? ¿Y qué sucedía afuera con las infaustas noticias del terrorismo, que ellos recibían como golpes en la cabeza, pero que no los sacaban de quicio? ¿Eran demasiado pasivos, además de pacíficos? ¿O quizá algo incierto, maligno o suavemente tenebroso, los estaba corroyendo, les quitaba atención y vivacidad, les aplomaba el cuerpo, los convertía en resignados de una época cuando justamente no deseaban serlo, ni menos aún parecerlo? ¿Así nació su horrible enfermedad? ¿O quizá se estaba refiriendo sólo a ella, y no a Claudio? Inclusive la vida social de don Javier era más activa y variada que la de esa parejita feliz o resignada.

No, tenía que ser algo que crecía sólo en ella, de eso estaba segura Rosa. Le empezaba a la hora del lonche, del café con leche y las tostadas, del superficial contento de que el día había sido provechoso; pero sucedía algo en ella que no debía ser, si bien ocurría casi siempre. De pronto, en el frecuente zigzaguo de Claudio por las habitaciones, buscando cambiar de actividad, para luego pasar a otra, quizá los párpados de Rosa se volvían pesados y se caían, y la música se iba apagando, o las voces de los actores se volvían lejanos, hasta que los repentinos noticieros alzaban la voz por un rato y Claudio corría a su lado para enterarse de los bombazos, pero cuando Rosa abría los ojos ya él no estaba

Claudio, con el pretexto de someterse él mismo a un examen médico, la animó a imitarlo, y así, por una semana estuvieron en la clínica Balta de siempre, cruzándose por los pasadizos, jugando a los esposos que se ven por la calle, y pronto pasó la semana, y Claudio no tenía nada malo, pero a ella varios médicos le dijeron que volviera a verse los pulmones, y también el hígado y los riñones, y asimismo le recomendaron exámenes de las partes nobles de la señora. Ella había sonreído la primera semana; a la segunda asistió con sorpresa, aunque también con un sentido del deber, pero asimismo con la necesidad de saber qué sucedía en ella, y cuando la citaron para la tercera y cuarta semanas ella se molestó simplemente, se aburría y de tres citas médicas cumplía una ¿Cómo así, Dios mío, los días felices se habían deformado en malsanos y perversos?

En efecto, Rosa, en algunas tardes y noches, vivía no sólo en la felicidad, sino en cierta molicie, que había empezado a desconectarla de Claudio, pues mientras él seguía firme en sus tareas de investigación, que cesaban poco en la casa, ella se mimaba con un té "sostenido" por dulces, y luego holgazaneaba frente al televisor, o, a lo más, dibujaba casi expresamente para corregir las láminas hechas bajo el influjo de su padre. Cántaros, pilares griegos, ninfas limeñas, variadas cabezas de jóvenes y viejos pedían correcciones, menos el vínculo vivo con su padre: ahí estaban el trazo del diestro, y la dudosa línea, la desmedida sombra en rostros y cuerpos vestidos o dibujados por la aprendiz, que seguía siendo tal, aunque, en verdad, había mejorado mucho.

De ese extraño diálogo entre el padre muerto y una Rosa juvenil que ya había desaparecido en ella misma, la sacó Claudio con su penetrante llamada telefónica. Él seguía hablando con don Javier, inclusive cuando ella tenía ya el fono:

— No, no, la llamaré, Rosa necesita salir de noche, somos demasiado recoletos ... —Claudio no paraba.

— ¿De qué se trata para oponerme? —bromeó ella.

— El maestro nos invita a compartir con algunos alumnos la decisión de donar su biblioteca y la casona, todavía no sabemos a quién ...

— Pues a la Biblioteca Nacional, qué duda cabe —dijo ella al instante, aunque en voz baja.

— Bueno, lo que podemos llamar la parte esencial sí, pero hay duplicados, reediciones mejoradas, antologías, fotos y pinturas ... —Claudio no acabó de enumerar.

— Y también los objetos personales —susurró—; no olvidarse, con ellos se puede armar un despacho simulado, así sea un poco teatral, del autor. En fin, muchas cosas son posibles...

— Muy bien, pero nada de dictar órdenes, señorita —y Claudio alzó la voz, para que le oyera el jefe—. Usted viene ahora mismo, a trabajar en el llano.

— Tienes razón, ahí voy.

El maestro la recibió como a una hija, y además, como se trataba de una bibliotecaria, la guió por las sucesivas estanterías, cada cual en una sala, y todos remataron al revés, en el salón rojizo de la entrada, con pinturas y fotografías (y Rosa siempre buscando, husmeando, las hechas por su padre). En fin, el grupo de don Javier, Claudio, Rosa, y tres delegados estudiantiles que, cuadernos en mano, tomaban notas, inició más lentamente la segunda visita. Rosa dio ideas sobre la clasificación, pero, cuando Claudio, de modo espontáneo, recomendó una sala con los textos exclusivos de don Javier, como antesala de las otras colecciones, don Javier agradeció y se opuso.

— Por supuesto —dijo Rosa—; si ya en el catálogo se hacen esas precisiones, quizá sea mejor presentar la obra en un contexto latinoamericano o incluso español.

— Pero, señor —dijo un delegado—, si a usted lo conocemos mayormente como historiador, al menos que los títulos dedicados a la historia sean los que primero se vean. Sería bonito ¿no?

— Puede ser, en una primera exposición, con libros, cuadros y objetos personales, simulando el despacho —dijo Rosa—, pero luego, como norma, todo será conjunto ...

— ¿Y si hiciéramos la primera exposición aquí, con las habitaciones tal como están, antes del traslado?

— ¡Ah, entonces sí, sería formidable! —dijeron todos.

Don Javier había ordenado poner vino y saladitos en un ángulo de la gran mesa del comedor. Tardaron en llegar ahí, a través del largo recorrido, pero, apenas lo hicieron, los ojos de Rosa cayeron sobre las bellas vitrinas de cristalería (de San Luis, de Murano, de Bohemia, explicó el maestro), y asimismo sobre los ejemplares de vajillas, desde chinas hasta alemanas.

— Bueno, ya saben, un diplomático debe tener estas cosas al igual que el uniforme, uno debe gastar en ellas, es una obligación que va con el cargo.

De pronto, don Javier abrió una portezuela y la cerró al punto, pero ya había revelado los juegos de cubiertos de plata, uno barroco y otro modernísimo, escueto y perfilado.

— ¡Qué maravilla! —se inclinó Rosa, gozando como una experta.

— Pero, maestro —dijo un alumno—. ¿De qué le servirá esto aquí? Puede usted enviarlos al Museo Republicano.

— Un momento —alzó la mano don Javier—. No me crean un snob ni un ricachón. Ya lo obsequiaré a alguna prima o sobrina, y ya le han echado el ojo varias, no se crean. Pero tener esto es la obligación del diplomático, ya fuese uno soltero o viudo, pues yo debía devolver atenciones como jefe de misión.

— ¿Así fuese en Chile o Ecuador ..? —bromeó un alumno.

— Sí, donde fuese. Pero, primero, salud con el vino. Fíjense en mi caso. A mí, como soltero, o como me llamaban “sin pareja”, tenía que acompañarme una señora de la embajada, cuyo marido no podía ni debía asistir, pues así eran las reglas. Y cuando uno es solo y “recibe bien”, como se dice en el argot, entonces lo invitan a todas partes, y a veces a última hora, sin miramientos ni protocolos, basándose en la amistad. Y cuando uno acepta rellenar la mesa y salvar a un amigo, o amiga, de la vergüenza de una silla vacía o impar, entonces uno es héroe y comodín, pues encaja dondequiera y todos le agradecen y vuelven a invitarle. Eso vale también, por supuesto, cuando uno es aficionado a la ópera o a los museos, hay viajes especiales, incluso en el Expreso de Oriente, en que a uno lo miman como a nadie.

— ¡Caramba! ¿De veras? —exclamó un alumno—. ¿Quizá porque no todos sabían de esa mermelada? —y así lo dijo el más joven.

— Ja, ja, es cierto —dijo don Javier, divertido—. Yo no me avergüenzo de mis amigos. Cuando estuve en Londres conocí a dos de ellos, casados, pero enamorados de la ópera y de los museos. Sabían poco de arte, pero les gustaba viajar con sus esposas, y formando grupos con gente bien, y asimismo con cónsules ricos, pero no muy cultos. Viajamos a Viena, Salzburgo, París, Barcelona, Milán, y yo siempre fui como invitado... ¿Qué les parece?

— ¡Dios Santo, era *el agregado cultural* del grupo! —exclamó Rosa, quien los dejó riendo y salió. Al poco rato la oímos tocar el piano del salón, no el que don Javier nos haría el favor de guardar después, el de la casa de Baquijano, el que solía estar bajo los dedos de Maruja y de doña Consuelo. Sin duda, Rosa no sabía mucho de música, sólo ejercicios en torno a Rachmaninof y Vivaldi, y los repetía y remataba con valsos criollos. Por buen rato, ella

pareció la pianista lejana de un grupo convocado a disponer de los bienes del maestro, para cuando don Javier muriera, pero en ese aire justamente, por alguna razón especial, no cabía la tristeza. ¿Era otro ejemplo del maestro?

Al despedirse los delegados, don Javier me hizo una seña a fin de que Rosa y yo nos quedáramos; volví al punto, si bien Rosa se quedó prendada de unas fotografías puestas de pie, en marcos de plata, sobre unas mesillas.

Pareció que ese retraso estaba justamente buscando don Javier, pues me hizo nuevas señas mudas y acabamos él y yo en su despacho, conspirando.

— Sólo un minuto, hijo —explicó en voz baja—. Quizá me equivoque, pero creo que el cumpleaños de Rosa ya viene ¿verdad?

— Sí, el próximo noviembre, el veintiséis

— Pues, si te parece, yo le oí recordar con emoción una casita histórica que alguna vez tuvo su padre en Barranco.

— Sí, sí, la conoció de niña y se quedó prendada.

— Pues bien, obséquiale ese día la casita histórica que voy a hacer desocupar justamente en ese balneario. Pero no se lo digas todavía, disimula...

— ¡Maestro, gracias, gracias! —Claudio tembló de gratitud.

Lo curioso fue que Rosa seguía admirando las fotografías de una mesilla, pero, sólo cuando nos despedimos, ya en la calle, explicó su secreto:

— Creo que he descubierto la foto de *su* novia, con la que no pudo casarse porque ella murió.

— ¡Eres muy capaz de meterte en cosas que él no cuenta! —dije, riendo, satisfecho de que yo también tenía algo oculto que decirle, pero que sólo lo revelaría un 26 de noviembre, allá por fines de ese largo año que corría.

Al salir a la calle, quedaron junto al portal, esperando el taxi que don Javier les había pedido.

— Lo que no me pasa es que tu jefe siga pareciendo un viudo por tantos años —dijo ella—. No es justo.

— El decir “viudo” debe ser siempre un concepto provisional —quiso reír Claudio.

— Así como el de soltera ¿no? Si tanto amó a la primera, pues puede casarse con otra y así tendría dos mujeres, la gran esperanza de los hombres.

— O si la muerta es prácticamente el aire, el recuerdo, digo, la mitad de una mujer viva, entonces se casa con otra y sólo tendría al final una mujer y media —opinó Claudio.

— Tú eres capaz de dividirlos por tajadas —dijo ella—. Para mí, dirás, déme la mitad inferior. Ya lo sé, no soy tonta ...

¡Ah, cómo se burlaban de los viudos!

De pronto, a la hora del almuerzo, en el pequeño departamento, mirando las ventanas sobre el mar, y por primera vez contrariada, Rosa dijo *al fin parió Paula, al fin alguien dice la verdad.*

— ¿Qué quieres decir? ¿Te refieres al médico?

— Sí, al de los riñones, al del nombre elegante, al nefrólogo joven, no al viejo que conoces.

— ¿Y qué dice el señor elegante?

— Pues que deben quitarme el riñón derecho.

Claudio disimuló su media sorpresa. En las últimas semanas sabía de sus extraños silencios, de sus visitas a la clínica Balta.

— ¿Y qué tienes, según él?

— Un tejido *diferente*, compacto, algo serio, ya sabes —y volvió a la extraña cautela de los últimos días, cuya marcha él no se explicaba bien, pero que ahora se iluminaba siniestramente.

— ¿Y no sentías nada? Pudiste decírmelo; te hubiese acompañado a verlo.

Tras una pausa larga, el rostro siempre juvenil, y por primera vez enfurruñado, molesto, dijo:

— Dice que pierdo sangre por la orina.

— ¿Y desde cuándo? ¿No te diste cuenta?

Entonces estalló:

— ¡Ese maldito desinfectante verde que pongo en el water! ¡Por eso no me di cuenta!

Claudio soltó los cubiertos sobre el plato:

— ¿Hasta qué hora atiende el médico?

— Hasta las dos de la tarde. Un día a la semana.

— Falta media hora. ¡Vamos ahora mismo! —y él saltó hacia la puerta

— ¿Para qué? ¡Te dirá lo mismo que a mí! —Rosa intentó disuadirlo, pero ya él llamaba el ascensor.

— ¿Vienes conmigo o voy solo?

— ¡Contigo, contigo! —dijo finalmente.

El ascensor empezó a bajar.

— Dime qué más te dijo.

— No me acuerdo bien, yo me callé y lo dejé hablando solo, y me vine rápido a casa.

— ¿Eso hiciste? ¿Salir dejándolo que hablara solo?

— Sabes bien que nunca hago eso, Claudio. Pero esta vez ... pensé en mi padre, en la madrina, luego en mamita, oh Dios, todo esto parece una persecución ... ¿O sea que me llegó la hora...? Y la famosa mudanza que sufrimos en el Jirón de la Unión. Yo sigo soñando con ella.

Claudio fingió que no había oído, pero asimismo olvidó que tenían el coche enfrente, que podían montar en él, pero que su cuerpo había elegido correr, y eso iba bien con él, y Rosa corría detrás.

— ¿Y qué le vas a decir? No te molestes con él. A veces eres impulsivo y yo tendría que pedirle disculpas. ¿Cómo pude haber hecho eso?

— No voy a pelear, mujer ¿Cómo se te ocurre? Y dime otra cosa, ¿para cuándo te propuso la operación?

— Oh, no me avergüences, Claudio. Yo no sé para cuándo.

Entonces Claudio soltó la risa:

— Eres genial —acezó—. Jamás lo hubiera imaginado. Pareces juiciosa, llena de razón ...

— Y de pronto me voy por peteneras. Me gusta esa palabra. ¿Acaso no hay derecho de irse alguna vez por peteneras?

— Yo no sé, pregúntale a un futbolista.

Entonces Rosa soltó la risa, y él también, y así, acezando y casi felices, subieron la escalinata, buscando al nefromédico, al fregostólogo, al nigromante.

En mitad del pasadizo, debajo de su letrero, el joven médico, el experto llegado hacía poco de Estados Unidos, entreabrió su puerta, sin duda a ver si tenía más clientes. De pronto vio a Rosa y dijo:

— Oh, señora, la estaba esperando. ¿Se fue al baño, verdad?

Y Rosa y Claudio, en quienes ya empezaba el miedo, soltaron de nuevo la risa y tuvieron que contarle la verdad al médico, a fin de que éste se les sumara también.

Cuando cesó la alegría, el experto explicó la inminente operación, lo que se dice en Lima con lujo de detalles.

Media hora después, volvieron abrazados por el mismo camino soleado y solitario, todavía a esa hora del almuerzo. De lejos, alguien hubiese envidiado la felicidad de la pareja; de cerca, ellos se decían fechas, números, el tiempo se mezclaba con el dinero, y las cosas ya no parecían tan mal, a tres días exactos de la prueba.

En el breve intervalo, Rosa volvió a sentirse asustada, y tanto, que llamó a su hermana Maruja, en San Francisco, y a Karla, su hija, en la Ciudad Federal, prodigándoles detalles y pidiéndoles que rogaran por ella. Al día siguiente, se embarcó con Angélica en un taxi y fue a rogar a Santa Rosa de Lima, de quien por desgracia se había olvidado en sus días felices. No contenta con ello, entró asimismo al templo del Señor de los Milagros, y de algún modo reconfortada, y Angélica con un buen paquete del turrón de esos días, volvieron a casa decididas a enfrentar las circunstancias.

El joven nefrólogo asistió a la operación de tipo clásico y dio fe de la competencia de los dos cirujanos actuantes. Uno de éstos fue tan entusiasta que felicitó a Claudio, y dijo que su joven esposa quedaría "limpia" al menos por veinticinco años, así de claro. La interesada jamás olvidó la frase y la repitió a sus colegas y amigas del círculo de bibliotecarias, que, desde ahora, al visitarla, en un nuevo ánimo, acordaron reunirse una vez al mes y reanudar sus antiguos tés, donde las "mamás" tenían cuidado de no hablar de sus hijos delante de la engreída Rosita, que así la llamaban.

Una semana después, ella recuperó plenamente, no sólo su belleza, sino un aire de confianza y seguridad en sí misma, que inclusive era capaz de tomarse el pelo en público, mientras sus amigas replicaban que no, que ella nunca había sido una miedosa, excepto, claro, la vez del fuerte temblor del año 70, cuando todas ellas salieron en estampida de la clase y arrollaron a la monja que les cuidaba.

Tanto Maruja como Karla llegaron por un fin de semana, y Rosa les agradeció debidamente, orgullosa de esa clase de parientes que contrastaban con Fernando, su hermano el fotógrafo, a quien nadie se había acordado de llamar.

Cumplidos dos años más de felicidad, cuando volvió Rosa de modo rutinario a la clínica, el examen y los análisis del nefrólogo y aun las nuevas radiografías de los cirujanos habían sido retenidos. Por una hora se le explicó la razón a Rosa. Inclusive hicieron llamar a Claudio. Hubo una reunión médica conjunta y los esposos parecían, de algún modo extraño, los acusados. Alguna sombra volvía en el rostro de Rosa. Faltaban unas tomografías; pues se las hicieron enseguida y el nefrólogo solicitó consultar al maestro de maestros en vías respiratorias, al cual Rosa y Claudio acudieron esa misma tarde. Luego de otras tomografías, Rosa fue internada por cuarenta y ocho horas en la clínica Americana, y finalmente devuelta a la clínica previa, la del Malecón.

El más exigente seguía siendo el nefrólogo, quien preguntó por qué no habían ordenado a Rosa unas radiografías del pulmón derecho, cuyo temprano examen pudo mejorar el cuadro. En medio de su consternación, Rosa dijo recordar que sí, que sí existía esa prueba, cuya fecha se ubicó por fin y se confirmó la sospecha. Sí, ahí estaba esa primera prueba, a las que se sumaron las siguientes, y con todo el sobre grande y misterioso de esas terribles hojas de celuloide, Rosa acabó en las manos de la antigua oncóloga Lozoya, justamente a quien Rosa había evitado, suponiendo mal que el entusiasmo de la cirugía anterior lo hacía innecesario. ¡Vaya confusión, su cabeza giraba como una ruleta, y no se detenía en mañanas ni noches!

Hasta que la doctora Lozoya ordenó el internamiento definitivo. Llamó con una seña a Claudio, le hizo pasar a una habitación solitaria, entrecerró la puerta y le explicó en voz baja la situación. Claudio cambió de color por unos segundos; luego tuvo que rehacerse y enfrentar a Rosa en su nuevo cuarto de enferma.

— ¿O sea que me fregué, mi amor? —quiso jugar ella—. ¿No me crees eso de la persecución? Primero la madrina, luego mamita, quizá haya una orden para acabar con los inocentes. Oh no, me corrijo. Primero debió ser la novia desconocida de don Javier ...

— Pero no podrán contigo, tú eres capaz de salir sana y salva, corriendo mañana por la mañana —dijo él.

Desde ese momento, por voluntad propia, los ojos de Claudio sólo registraron algunas escenas que él creyó principales, rechazando las repetidas o las menos dolorosas (puesto que el modelo mayor ya se había dado). Sentado o acostado en la cama del acompañante, fuese de día, de noche o de madrugada (las tres estaciones que debía multiplicar, jamás supo por cuánto), creía él aislar el inmenso error que los golpeaba, pero que enseguida se disolvía en los nuevos hechos.

De pronto, Maruja y Karla habían llegado de nuevo, y ahora ocupaban el dormitorio de huéspedes del departamento, lo desarmaban por la noche y lo rearmaban por la mañana, mientras que, en cualquier momento, se daban con que Angélica estaba silenciosa en la habitación mortal, oyendo la jerga de médicos y enfermeras, pero entendiéndolo todo, como si ella ya supiera desde antes lo que iba a suceder, por un mecanismo exacto e infalible, y ella preparaba con sus miradas al dueño de casa, a Claudio, que sólo comprendía a pocos.

Pero en algo estuvieron de acuerdo esos testigos: cada día Rosa dejaba de ser lo que era, se parecía a la Rosa conocida, pero ya era otra, y aun su piel iba saliendo de su raza, se volvía mestiza, como la piel del país, y ella sonreía cuando uno le pedía hacerlo, claro, pero cada vez oía menos y su lengua se

trababa, oh no, y se defendía a medias, y por eso sólo sus ojos hablaban abiertos, pero quizá ahí adentro no había nadie, y sólo la enfermera decía que las vías del suero y del oxígeno seguían funcionando bien.

Un domingo, llegó con flores don Javier, y se sentó un rato en la cama del acompañante. Luego, ante las ruidosas visitas de las colegas de Rosa, él se refugió en la salita del segundo piso, donde, en un atril, y abierta ex profeso, nos miraba una gran Biblia, y ahí estaba hablando Juan, el impredecible Juan.

— No se sabe cuándo —dijo una voz baja—. La doctora dice que puede ser en un día o un mes, quién lo sabe.

A las tres de la tarde del domingo, cuando el grupo cruzaba lanzas y juicios por el aire, hablando cada cual de una cosa, pero sabiendo cuál era su propia voz, su palabra, una enfermera de rostro tan pequeño como el de una niña (¿cuántas niñas-mujeres trabajaban en el país?) se acercó y susurró algo para Claudio. La sabiduría o el desorden del mundo concentrado en una palabra. Él sólo tuvo que bajar los ojos para que todos comprendieran.

—Está grave, muy grave —se oía por doquiera.

Entre los primeros síntomas de aquella vez, y el resultado final, sólo pasaron sesenta días. No hubo, pues, tiempo sino para preguntarse, dentro de esa niebla sumida en la cabeza, cómo Rosa iba perdiendo forma y color, y se aislaba de la realidad.

De pronto ya no estábamos solos. De pronto, los viajes a la cercanísima clínica se habían hecho difíciles, tortuosos. Si en las primeras mañanas todo parecía llevadero, inclusive con Angélica sustituyendo de hecho a la enfermera, durante las comidas, y con Rosa todavía capaz de sonreír, oyendo las noticias de Maruja y Karla, que indagaban por ella, de súbito le venía una tos salvaje, y los vómitos parecían de torrente o de río, y Claudio casi veía que ese cerebro se reseca con las horas, pese al suero conectado a ella; y entonces, esos cambios pasaban a Claudio, quien de ida corría al pequeño hospital con alguna luz en la cara, pero al volver estaba sombrío, silencioso, de veras vacío.

Por tres veces la internamos. En la última, cuando cierta calma había nacido en torno a la figura enflaquecida, y de tez ahora extrañamente mestiza, de Rosa, quien, inclusive en la casa, seguía conectada a las inyecciones y al verde balón de oxígeno, la médica ordenó por teléfono su traslado, pues había recibido ya los más modernos específicos.

Angélica y yo empezamos a preparar la silla de ruedas.

— ¿Crees que esto sea necesario? —preguntó Rosa—. ¿Podemos pagar tantas cuentas?

— No te preocupes.

— ¿Tuviste que vender la casita histórica de Barranco?

— Pues sí, ya volvió al seno de la historia. —dije.

— Pero tomamos bonitas fotos —dijo Angélica— Una casita de muñecas. Casi nadie sabe que existen.

— Flor de un día, casa de un día. ¿Y le has dicho a don Javier que hemos vendido su regalo?

— Él lo sabe.

— ¡Oh, qué vergüenza!

Y de nuevo la tos desgarrada, que parecía extraer sangre de las palabras ya deformes, de sus ojos verdosos encendidos de cólera y sorpresa, y de sus puños golpeando la silla de ruedas.

Por fin, sentimos que brotaba un pequeño lago de silencio, de paz. Aprovechamos para sacarla al pasadizo, pero dos obreros robustos salían del ascensor a detenernos.

— ¡Señor, señor, venimos por los balones de oxígeno!

— ¡Pues sáquenlos del dormitorio! —mandó Angélica. Rosa y yo entramos en el ascensor detenido, hasta que salieron los hombres, rodando los balones como a autómatas.

— ¡Llévenselos! —de pronto una desconocida y amargada Rosa gritó—. ¡No quiero verlos más!

Y el esfuerzo le devolvió la tos, pero que milagrosamente se detuvo abajo, cuando el portero José nos ayudó a meterla en un taxi, y a nosotros con ella.

Llegamos en cuestión de minutos. Angélica y la enfermera llevaron a Rosa por la rampa, mientras yo me abría paso por entre los pacientes de la

médica Lozoya. Era su hora de consulta externa. Otros numerosos afluentes por el camino de la historia.

Menos mal que la propia Lozoya quitó el gorro beige de Rosa; la dificultad de peinar sus pocos y enmarañados pelos le había hecho ponerse ese gorro curioso, para el cual Claudio no encontraba aún el calificativo. Estaba en el aire, pero no lo encontraba.

La doctora tuvo que suplicar dos veces a sus otros pacientes, a fin de cerrar del todo la puerta del consultorio. Luego se arrodilló ante ella.

— Rosita, eres millonaria en glóbulos blancos. Jamás he tenido una paciente tan linda y con tantos glóbulos blancos. Menos mal, recibí este producto *estrella* de que me han hablado ... Veamos tu temperatura, oh tanta ropa, por qué, no hace frío, señora, y ahora la garganta, oh Dios mío ... Y tu voz, qué hay de tu voz, yo pensé alguna vez que tus ojos y tu voz iban de la mano ... Lo que a una se le ocurre, ¿no? Pues bien, ahora mismo te internas en el segundo piso, creo que te van a dar el mismo cuarto de antes. Chau, un beso, y voy a verte en una hora ...

Tuve que despedirme. Habíamos acordado con Angélica que ella la cuidaría mañana y tarde, y yo desde las seis en adelante, por toda la noche y hasta el desayuno de la mañana, en que Angélica y yo nos cruzaríamos en la esquina del Malecón, ella de ida y yo de vuelta, suponiendo que yo hubiera dormido, rumbo a la hora del baño y del departamento de nuevo vacío, y bajo el peso del cielo lánguido, indeciso y perverso de Lima. Sin duda esas habitaciones vacías, el comedor ya inútil, hicieron que Angélica informara con tristes detalles a Maruja y a Karla. Quizá ella los abrumó con los mensajes, mientras que yo, en silencio, sentía la extraña presencia de otra Rosa que de algún modo seguía en el departamento, desdoblada, viajera, amiga del aire, pero todo ello era también una prueba de que el tiempo separaba y reunía las cosas, pero sin coincidir con nosotros, en un desajuste incomprensible, pero que estaba ahí, en la mitad exacta de la cama, en *su* espejo largo, vertical, diseñado por ella misma, y en su escritorio pequeño, que se abría por encima, y cuya tapa serviría para que ella escribiera sus notas. En un abrir y cerrar de ojos habíamos tenido un hogar, una ventana al mar, un amanecer juntos. A veces recordaba y me decía que ese plazo había durado cinco años; pero volvía a pestañear y las cosas eran largas, muy largas.

De modo increíble, en algún intervalo de esos días en que Rosa permanecía aún lúcida, y en medio de los cuidados de Angélica, la única persona que pudo colarse a verla fue Josefa, que sin duda había vuelto a Lima, debidamente informada por alguien que no supimos identificar.

Una vez descubierta por las enfermeras, éstas declararon que finalmente la propia enferma la había disculpado.

— Sí, déjenla de una vez, señoritas, pero sólo por cinco minutos. Y ahora tú, Josefa, siéntate frente a mí y dime de una vez qué quieres. Pareces un gallinazo rondando en torno a mí. Pues no creas que te daré el gusto así no más.

— Oh, no, vidita, no digas esas cosas feas. Descansa tranquila, reposa tu almuerzo. A esta hora de la tarde, papito hacía la siesta, y Maruja y yo subíamos a la cama con él, y todos nos quedábamos dormidos.

— Vamos, olvida esa escena en que parecías buena hija o hermana. A mí no me engañas. ¿Qué quieres? ¿La platería? No la tendrás, y punto. Fue la dote que yo misma me di al casarme; no era justo que no llevarse nada.

→ ra

— Pero tampoco es justo que yo, la mayor, y después de tantos años, no tenga nada. Mentí al decir que mi primer marido, el marino mercante, tenía una casa y por eso papito me dio un cofre de monedas de oro y plata, lo reconozco, y también mamita me dio casi todas sus alhajas, es verdad. Pero descubrí que el tipo era un tarambana, jugador y mujeriego, y sabe Dios qué vida llevaba en sus viajes, y cuando volvía derrochaba a manos llenas, pero la cosa sólo duraba dos o tres meses, hasta el otro año, y vuelta a lo mismo, e incluso llegó a pegarme el desgraciado. Él dispuso de todo lo que llevé de Lima. Tienes que creerme, vidita ...

— No has dicho nada nuevo. Sin duda a tu segundo marido también le has contado esas suciedades del primero. ¿No te da vergüenza arrastrar nuestro nombre? ¿Sabes lo que es tener la cabeza alta, el orgullo? —y Rosa, ya sentada, empezó a toser—. Y todavía casarte no sólo con un chileno, sino con dos. Si papito viviera ...

— Acepto lo que dices. Pero tu marido es un dije, es una buena persona, él estará de acuerdo si tú me dejas, perdón, si tú ordenas que Angélica me dé la platería, digo, aunque sea el juego de doce cubiertos, sé que tú no lo usas, vidita, ¿qué te parece?

— Para que lo vendas en la calle La Paz ¿verdad? Qué tonta eres, ahí compran todo al peso y al paso, ignoran lo que son los modelos de España o Portugal, pero hechos con plata peruana ... —y de nuevo la tos—. ¡Fuera, animal, déjame tranquila!

Pero Josefa no se movió, sino cuando entró Angélica y la echó a empellones, sin ayuda de las ausentes enfermeras. Más tarde se supo la calumnia postrera que lanzó Josefa, al decir que su hermana estaba tísica, y rematada, con el deshonor que eso ha conllevado siempre en Lima, y sin comprender que sufría de un cáncer voraz en el plumón derecho.

pulmón

¿Cómo escoger las demás escenas intermedias, sucedidas entre esa inasible enfermedad y su ominoso final? Claudio vivía un asombro continuo por recibir tantos golpes sucesivos; quizá entendía las cosas una a una, pero cada noche, al dormir en la clínica, en la cama del acompañante, sufría más en carne y espíritu, pero entendía menos. Le pareció que se había vuelto una especie de ovillo para rodar y durar más, pero cada vez entendía menos. La rapidez del confuso ataque al ya maltrecho cuerpo de Rosa, se sumaba a la perplejidad de ver, de estar viendo, los estragos que aún faltaban. El mal corroía por dentro y anulaba la voz y el ánimo de Rosa, ahora molesta, talvez resentida y aun ofendida. Si por dentro luchó lo más que pudo, por fuera sólo había en ella molestia y fatiga, enfado y desdén por la vida, excepto cuando todavía pudo decirme, antes de sumergirse en los gangueros: “Lo siento, Claudio; lo siento mucho por ti”. Y ni una palabra más. Pues por todo ello nos la llevamos finalmente a casa, donde acabó.

Puesto que hacía mucho tiempo que yo me había decidido a resistir, a no llorar (digo, por el antiguo vacío de mis padres, por la suerte cambiante de lo malo que alguna vez produce lo bueno), pude soportar de pie algunas heridas: el grito de Angélica en el dormitorio, el anuncio final, el desgarró que nos juntó en torno a la cama, rayada de mil modos por las sábanas enloquecidas; los

pliegues aquí y allá, en todas direcciones, y debajo, el cuerpo enflaquecido y menoscabado, pues ya era otro el que partía; y en fin, esa figura amada e idolatrada, convertida en un bulto dentro de un horrendo sudario, al que los empleados de la agencia hicieron desaparecer por el hueco de la escalera.

Poco a poco desperté de ese medio sueño en que nos sume el dolor. Las muchachas no me dejaron volver solo al dormitorio; eso no, hace daño, dijeron. Ya lo habían planeado todo: Karla tenía una familia amiga que vivía a pocas cuadras, pero que yo desconocía; en mi desánimo, sólo resistí una parte del velorio. Me convencieron para llevarme a dormir en una habitación juvenil, según vi en los patines y bicicletas pequeños; cuando entreabrí una puerta, ellas también dormían en una sala, tumbadas en sillones o por el suelo. Por fin, tras el sepelio, me liberaron la tercera noche y entonces volví a "nuestro" dormitorio, dividido atrocemente por el aire; me quedé en la parte mía, y al fondo, me miraba la sección de Rosa. Pese al somnífero y al piso ya limpio y brillante, tardé en soportar las huellas de los balones de oxígeno. Apagué y encendí mi luz varias veces. Verla y no verla era otro asombro.

No seguía bien el curso de los hechos; pero sin duda había un orden obligado en esas circunstancias, y quizá lo acepté como el de una enfermedad aguda, tras la cual vendría la convalecencia.

Al sepelio sí tuve que ir, aunque fue algo turbio e ingrato, toda una negación para la vida, pero fui por respeto a Rosa y a los familiares y amigos, empezando por don Javier. Pedí que hubiera una misa de réquiem. Sólo así soporté entrar solo, huérfano de mujer, en la mayor orfandad del mundo, y que todos pensáramos en ella como en una sombra blanca. "Tío, ¿quién será el testigo de la cremación?", preguntó Karla. En medio de esa espléndida música en que al fin vivos y muertos nos comunicábamos naturalmente, entre esa supuesta civilización, me negué a atestiguar la quemazón, el fuego, las llamas vivas que harían polvo a una rosa. Ella le temía a los gusanos y alguna vez habló claramente de que prefería el fuego cuando muriera. "Entonces, tú quédate, yo voy a eso", dijo la valiente Karla. Yo sólo una vez había visto desfilar a un hombre con una urna de los restos de su esposa; don Javier me llevó a acompañar la soledad de un ex discípulo de él, cuya esposa había muerto en un accidente aéreo. El hombre, huérfano de mujer como yo, desfiló gravemente por la nave central. Había que imitarlo en su dignidad, así uno quisiera soltar la urna, dar un grito y escaparse por las grandes puertas hacia el mar.

Mantuve la cabeza alta como pude; los abrazos de "nuestros" amigos eran toques de bálsamo; ahora que sólo tenía un brazo libre, conté más amigos de los que creía tener. Ya en la salida, cuando subía el hartazgo de la desdicha, brotó el grupo más tierno y cálido, los empleados de la universidad, inclusive las secretarías, los conserjes, los muchachos de la limpieza, aparte de mis colegas y de mis jovencísimos discípulos, todos habían ido a ayudarme en ese largo desfile.

Volví con algunos de ellos en el Chevrolet del generoso don Javier. Apenas si hablé, apenas si me despedí de ellos. Entré inclusive resistiendo con máximo valor el abrazo del portero José, y abajo, al entrar en el ascensor, una vecina me miró muy cortés y empalideció en cosa de segundos: "Su esposa sí que era una dama, señor. Lo acompaño en sus sentimientos".

Arriba, mi puerta estaba abierta y así la dejé, para poner la urna en la mesilla central, y luego tenderme por completo en el primer sofá. Angélica ya estaba en la cocina, y según ella, Karla y Maruja subirían enseguida.

Sin duda quedé adormecido. Quizá Angélica preparaba el té o el ruido que sentí provenía del ascensor. No tenía fuerzas ni para abrir los ojos. Alguien siseó, o cuchicheó, o se arrastró por el piso, o aun deslizó una bolsa grande — de esas de lavandería— por el suelo. ¿Qué importancia podía haber en ello? Y entonces entreví, o me pareció ver, otro bulto, unos grandes pelos horribles, y entendí que sufría la desdicha de recordar a la odiada Josefa, justamente la negación de Rosa, y que, sin embargo, de nuevo mostraba, en la parte central de su frente y sus cejas, alguna extraña semejanza con la muerta. Fue como un insulto y quise castigar esa blasfemia, pero la sombra huyó velozmente con la bolsa mientras surgía por la escalera el grito de alarma de Angélica, quien ya enredaba las cosas, refiriéndose a la gente mala de abajo, que había sido vencida por “nosotros”.

— ¡Esa mujer nos está robando! —declaré por fin, pero ya del lado del ascensor brotaban contentas, sí, contentas, Maruja y Karla, explicando que Josefa tenía una cómplice abajo, que hacía de “campana”, a la que Maruja y Karla, como en un signo del mayor desprecio, habían “despachado” con todo y bolsa, fuera, lejos, a fin de que desaparecieran con el botín.

— Pero, ¿cómo ...? —pregunté—. ¿Se lleva la platería de Rosa?

— No, hermano —dijo Maruja—. En cuanto supimos que hace días Josefa fue a la clínica, a molestar a Rosa por la platería, hemos juntado en una bolsa grande y ruidosa una serie de piezas de plaqué, no de plata, las que no gustaron nunca a Rosa, y ahora hemos fingido que nos robaba un tesoro cuando en verdad le darán unos cuantos soles por el bulto.

— ¡Sí, tío, hubieras visto la angurria de la vieja, corría como una muchacha, y en un momento ya no pude alcanzarla!

— ¿Y ustedes dejaron el bulto aquí, en plena sala?

— Sí, ésa fue la idea —dijo Maruja, y hubo que ver los ojos chispeantes y satisfechos de las tres muchachas.

— Y yo sin saberlo. ¿Y si le hubiera dado un golpe?

— ¡Pues mejor! —dijeron todas.

Por unas semanas, apenas cae la noche en nuestro dormitorio, cruzo el sector de sombra que todavía siento ajeno, y enciendo la luz de *su* velador, tal como hacía ella para leer o escribir en su pequeño escritorio. Bajaba la tapa y escribía la hoja, encima de la superficie tapizada de verde. O si no, oía largamente sus casetes clásicos, o asimismo ponía en la radio programas que defendían a mujeres de sus maridos.

Otras veces cosía primorosamente, reformando los vestidos que más quería. Era una muchacha que no había entrado del todo en el siglo XXI, pese a que en su oficina de la Biblioteca laboraba de modo muy moderno.

Ahora, por supuesto, no está ella, pero conservo su luz encendida hasta la hora en que, vacío, hueco, abrumado por su ausencia, entro a acostarme en la mitad exacta de nuestra cama. Alguien me ha dicho, a través de Angélica, que lo mejor, luego de una muerte, es cambiar muebles, o el departamento, o marcharse de viaje por unos meses. Quienes puedan, que lo hagan. Yo sólo puedo conservar su sombra, y en algunos recuerdos, cuando esa otra realidad parece volver, la veo, la siento vivamente, pero sé muy bien el abismo que nos separa, aunque deba comportarme con normalidad, sin excesos ridículos. De algún modo penoso y difícil, nuestra vida parece proseguir, como si ella continuase enferma, o estuviera de viaje, como si ahora le hubiese tocado a ella.

Sé que en las primeras noches no pude apagar su luz; le puse una toalla encima y quedé en la penumbra, esperando el sueño que sólo llegaba como un desmayo al amanecer; otra vez encendí la luz del baño, y así una larga espada blanca cruzaba la cama, sin tocarme los ojos, y entonces pude dormir a medias. Hasta que decidí envolverme con ella y con la noche negra, total, y desperté en la madrugada, recordando aquel mi "resentimiento", al retrasar la boda civil: quizá por una vez grité de miedo, pero ella fue siempre demasiado buena para hacerme daño.

Por fin, ha llegado una época sin nervios desbocados, sin penas ni insomnios, sino sólo con el aprendizaje de una resignación absolutamente difícil, terrible, agobiante, pero que nos ha tocado vivir sin elección alguna. El amor sigue ahí, como el sol, pero la cabeza, por algún milagro, no ha estallado aún, quizá iba a hacerlo una tarde inútil frente a la tele, cuando vi una película de esa Susan parecida a ella, pero, menos mal, los avisos la cortaron y yo dejé la habitación.

Sí, estoy reviviendo. Por el camino hay que soportar nuevas y extrañas escenas. De pronto, el correo clásico trae una carta para la ausente, con su nombre completo y luminoso, y está enviada por el Colegio de Bibliotecarios al cual ella perteneció, y ese Colegio la está convocando para el siguiente día. Cosa extraña, pues ese Colegio envió a su funeral una cruz de flores muy grande. O si no, llama una entusiasta voz de mujer, yo levanto el fono en silencio y ella me gana y rompe a decir: "¡Rosita, oh qué bien que me respondas tú, te llamo desde Sidney! ¿Te acuerdas que hace un año dije que vendría a trabajar en una firma? Pues aquí estoy, y me acordé de ti, hoy es tu cumpleaños ¿verdad?" Y hay otra voz gruesa y maligna de la Telefónica, que desea hablar con la *titular*. "¿Es la señora Rosa? No. Pues llámela, por favor".

O si no, la voz del intercomunicador dice: “¿Es usted el esposo de la señora Rosa? Soy Tadeo, el que le trae miel de abejas. ¿Cuántas latitas le dejo, señor? Pregúntele a ella”.

La novedad es salir a pasear por los parques, medio desiertos desde los años del terrorismo. Los jardines han vuelto a crecer, son otra vez bellos, como los del Malecón Cisneros, por ejemplo. Y menos mal que ahora hay bancas, sí, bancas, las que desaparecieron por años. Han vuelto, y se han ordenado ahí, curiosamente muy sentadas y con los brazos en actitud de hablar. Y junto a la primera banca hay una fuente espléndida, digo, creada, imaginada por el agua, pues no hay pozo, ni pretil, ni canales visibles, sólo hay planchas de hierro en el suelo, y por ahí salen los espléndidos chorros que dibujan figuras en el aire, según la fuerza con que brotan. Por ahí das vueltas, te sientas a jugar con los chorros, y acabas mojado pero fresco, y de algún modo aliviado, jamás feliz, la única palabra boca abajo. El centro de la ciudad puede seguir enfermo e inhóspito para muchos, pero aquí vamos alzando la cabeza.

Hay que salir, moverse, sentirse caminando incluso por dentro del taxi, mirando con atención el brazo libre de la ciudad. El día de mañana, el trabajo, el honor, todo está delante, no detrás. Todavía hay momentos en que uno se queda en vilo, en silencio, a fin de soportar los ojos abiertos y no verla, hay y no hay un ruido adentro, en el dormitorio, quizá resuene su campanilla de enferma; hay que respirar mejor, andar como hacen los muchachos, con una botella de agua mineral en la mano. Tú bebes, la otra botella no existe, pero ya en casa pides el vino y las aceitunas verdes a Angélica, y brindas con ella en la cocina tibia, por qué no, Rosa y yo fuimos y somos grandes amigos de nuestra ama de llaves.

En fin, un domingo, antes de ir a la pequeña capilla adosada al gran templo de Fátima, debo hacer lo más difícil, irrumpir deliberadamente en *su territorio*, ver en detalle lo que Rosa ha dejado por hacer, si bien las cuentas las llevo yo. Mi curiosidad, teñida de nostalgia, es otra. Ver en detalle su tocador, una foto de muy apegaditos en nuestra boda juvenil; una zapatilla de plata, propiciadora de los viajes; una fuentecilla con los plumones del maquillaje; un San Martín puesto de cabeza; otra foto únicamente de sus ojos verdipardos, y de muy muchacha; la efigie del Papa, y libros de Leonardo, Botticelli, y de aventuras y peligros en el Vaticano, y unas tarjetas postales con pinturas impresionistas. Y ahora me empieza el miedo, quizá ella me mire, estoy violando alguna ley natural, abro el primer cajón, el que jamás tocaste, por un momento siguen las infinitas chucherías del peinado y del maquillaje, pero son de *ella*, quizá me mire, están ahí sus cejas finas, su mirada de bondad y alegría, sus pómulos suaves, sus labios que quizá dicen algo. Pero hay asimismo otra carpeta delgada, transparente. Oh, Dios mío, quizá un documento previo a la muerte, oh, no, son simples retazos de papel, esquelas, saludos, notas que yo le dejé en su oficina, o si no, en casa, cuando ya no había necesidad de despedirse por una hora o por una mañana, y todas esas notas en que yo la mimaba están ahí, por fechas, guardadas como documentos importantes. Sigo temblando, ya es demasiado, el amor también puede llenar de vergüenza al que quizá no lo devolvió en igual magnitud, y veo otra nota, oh no, es un borrador en papel simple, y parece el comienzo de una carta extraña para mí: “¡Oh, Claudio, ya estarás en Londres, te felicito, seguro que te irá bien!

¡Perdóname, te lo ruego, por haber seguido las órdenes y costumbres de mi madre, que son de su época, no de la nuestra, dice que me ha hecho cortar contigo para mi bien, que no debo "atarme" a ti, que no es digno de una señorita independiente, pero Angélica me cuenta que quizá mamá piense en endilgarme a un joven que alguna vez me enamoró y yo rechacé! ¡Oh, Dios, lo siento mucho, no soy libre aún, pero mi corazón es y será tuyo, si tú lo deseas, para siem...", y el papel no seguía, talvez fue asimismo cortado, o si no, la dueña lo rompió, pero sin deseos de destruirlo. Y debajo, otra sorpresa, estaba mi primera y única carta cuando yo "me declaré" y no sabía mucho que decir. Y siguen las notas y papeles sueltos, las postales de las ciudades que juntos visitamos. No leí más, mareaban su olor y su mirada. Me senté en el taburete que ella usaba para peinarse. Un hombre apenas puede entender lo que es una *presencia* femenina, y todavía a deshora, a destiempo. ¡Y sólo pudimos gozar unos cuantos años, antes de que la enfermedad la atrapara como en un bosque fiero, la desollara y despedazara, oh qué ofensa a la perfección de un cuerpo esas dentelladas de animal, oh la crueldad del desgarrar interior, de vísceras y venas sangrientas, y qué poco oxígeno hay en el mundo para tantas bocas abiertas! La muerte le chupó las carnes, la llenó de ojeras, le cambió aún la raza, la piel, y yo tuve que cremarla por el horror a los gusanos. ¡Cuántos cementerios profanados habré visto en el país! Las calaveras y demás huesos dignos siguen rodeados de hormigas y bichos que los remueven y los pasean en desfiles macabros. Sin gusanos, ahora sólo me queda la urna, el polvo, su voz en algún momento por la casa, o si no, yo doy un portazo, finalmente animado, traigo flores y es como si ella las revisara antes de ponerlas en un vaso: "primero las amarillas", me parece oír.

1/a

Un mediodía inauguré esa costumbre dominical. No me atreví a volver al gran templo de Fátima, donde ella se arrodillaba a rezar y yo, siempre neófito, imitaba pobremente la gracia y la seguridad de sus movimientos (ella, generosa, incluso me había perdonado el no comulgar), sino a la pequeña capilla del costado, donde se oían algo desvaídas, quizá muertas, las fuertes plegarias del otro templo, y así yo podía verla mejor en mi cabeza. Ese domingo, descubrí que el principal atractivo de ese oratorio era el más adecuado para mí: en el suelo, sobre un pedestal, y como en homenaje al amor lejano, había un aparato semicircular de magníficas flores, una especie de fascinante y orgullosa cola de pavorreal. Desde entonces he vuelto, y cada vez la variedad de flores es más asombrosa: rosas blancas, rosadas, tostadas, botones y claveles de toda clase, e inclusive flores vulgares en Lima como los cartuchos, pero blancos y erguidos como para un desfile.

Ahí, mirándolas, veo y pienso en ella, en una muchacha cuya luz seguí por las calles nubladas de Lima y que semanalmente celebro en medio de un arco iris.

Cuando salgo, me espera en la esquina el bueno de don Javier, quien ha preferido la gran misa dominical. Ahí nos citamos y luego avanzamos por Núñez de Balboa hacia un bar con la terraza poblada y ruidosa. Entonces, entre saludos y abrazos, juntamos dos mesas en la acera con nuestros curiosos discípulos, los mayores y casi barbados de don Javier, y los casi adolescentes de mis clases, cuya presencia y ánimo cambian las cosas, repiten las previas, allanan las novedades. Las mujeres y hombres evitan hablar de

Rosa, excepto que ahora sus manos son más cálidas y oprimen más las mías, entre un humor tan contagioso que ellos se llaman por sus apodos: Picaflor, Paloma, Papagayo, Lechuzón, Tórtola, Gorrión de Noche.

El maestro Javier pide la primera ronda de cerveza, vino y piqueos, y dice, calmando las voces:

— Bueno, muchachos que fueron, o que son todavía. Ésta es una ocasión especial. Tenemos de vuelta a Claudio (una ronda muy fuerte de aplausos, que yo agradezco con los ojos abiertos), y no diré de la inmensa prueba que ha superado, porque se me cortaría la voz, sino que me complace el que él y yo juntos, les anunciemos lo que planeamos hace tiempo y que, por fin, se va cumpliendo. Ya hemos entregado la parte principal de mi biblioteca a la Nacional —los discípulos gritan, aplauden y beben—, y debo subrayar que fue Rosa, la mujer de Claudio, quien depuró y firmó el catálogo final —las voces gritan “bien, Rosa”, “gracias, Rosa”, y yo sigo soportando las miradas—; ya hemos limpiado todo el piso superior, que antes ni siquiera yo conocía; ya tengo el borrador de Claudio sobre el destino de las salas de nuestro Centro Cultural, que él dirigirá y donde todos ustedes tendrán una sala para supervisar y organizar eventos. No esperen a que yo muera, todavía me quedan algunas sombras por visitar, empiecen desde ahora. Según creemos, los espacios deben entregarse de modo siempre temporal, y a prueba de éxito, a grupos de jóvenes o de “nuevos” investigadores en las materias que sean necesarias, sin temor a experimentar en arte, teatro, música, redacción, historia, medio ambiente, lo que fuese, a condición de que los proyectos sean cuerdos, digo, espontáneos, no forzados ni locos —las voces y gritos van en aumento—. ¿De dónde saldrán los fondos? Buena pregunta. Hipotecaremos la casa, hay dos Bancos interesados. Necesitamos buenos abogados para defender ese patrimonio —en un nuevo griterío, se pone en pie un buen grupo—. Sí, ya sé, lo que más abundan aquí son abogados—. Bueno, creo que eso es todo, y oh sí, algo más que no debo olvidar. Claudio ha donado el piano de Rosa a nuestro Centro, es un piano Steinway, por si acaso ... Y también la gran mesa y las sillas para los coloquios —dijo con voz muy débil—. En verdad, era un comedor fino y completo...

Es el final. Entre nuevos gritos, el grupo se pone en pie, se quita casacas y chompas, pide la nueva ronda de tragos, y uno de ellos, el llamado Gorrión de Noche, queda con la mano en alto:

— Perdón, maestros y amigos. En medio de la alegría por haber reunido a tantas personas doctas, yo humildemente pido permiso para leer un poema bien bonito, escrito por mi mamá —y agita un papel.

El grupo queda un instante en silencio, inmóvil, estupefacto, y de pronto estalla en una risotada enorme, inmensa, avasalladora, pegajosa, incontenible, feliz, que hace tambalear a varios de ellos, y Claudio, a pocos, también sucumbe a esa alegría. Si Rosa hubiese estado ahí, sin duda que también se hubiese reído y quizá aún tambaleado por esa alegría inexplicable.